

á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuración el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, item mas, de las fes de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquella rezaba fervientemente el responsorio de S. Antonio, *si buscas milagros, mira.....* siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurrección.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple exposición de aquella peripecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; basta saber que hoy es, y todavia se encuentra en el hospital de Incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras, en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este mas que razonable ejemplo preambular se ha atravesado en nuestra pluma, con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los combates de las pasiones, y templar su corazón á prueba de huéspedes, ántes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon. El buzo no se sumerge en el hondo de los mares, sin la campana protectora; el aeronauta no se lanza á las nubes, sin el paracaída que ha de sostenerle, y el osado ginete no comienza la carrera, hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazan. De este modo, la mujer que haya de abrir las puertas de su casa al forastero, ha de haber cerrado y auntapiado de antemano las entradas de su corazón. El caso de Dido, el de Calipso, y el de D.^a Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos ¡oh viudas! que conviene meditar.

Por fortuna estos casos forman mas bien excepciones de la regla que quiere que la *huésped*, *patrona*, ó *ama de casa* (que de todos modos podremos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Panléxicos* mas corrientes) frise ya en las cincuenta navidades, edad la mas propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la mas idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero; quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; que el vestido de sarga ó de algodón oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal, que las tocas modestas encubran la rugosa garganta, que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.—Es tambien inmemorial costumbre en Madrid, (donde hablamos) que la tal Patrona sea viuda legítima y de legítimo consorcio de un empleado de Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pensión de doce reales por el Monte Pío, y que este la deba treinta ó mas mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca, con que acudir al servicio de los comensales; y que en fin, por su economía, su religiosidad y buenos modales, vea crecer su reputación, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán ménos de recomendar á todo viniente á la corte la casa y persona de D.^a Escolástica ó D.^a Celedonia.

Pero de nada habrían de servirla todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes que quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañía una, dos ó mas hijas ó sobrinas, de pocos años, alegre travesura, y

no desaplicable parecer. Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente provecta y asegurada de incendios, v. g. un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que entónces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la constitucion de 12, ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central. Todo lo demas seria llevar fósforos dondehay combustibles, ó poner el gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano, ó de un abogado andaluz; de un jóven millonario de la Habana, ó de un novelesco viajador frances; de un militar brioso y arrogante, ó de un estudiantillo travieso y perspicaz? ¡Patronas las que teneis hijas doncellas! libradlas por su bien de tales peligros; negad la hospitalidad á la pérvida juventud advenediza, y no deis oídos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que intenta solo meter el pié; porque á lo mejor y cuando menos lo creyéredes veréislos alzarse con el santo y la limosna, y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra misera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huésped, tambien los hay que buscan la huésped y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos extranjeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones, dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, apenas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* y las suntuosas fondas, acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudiera desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro pais, por desgracia, ofrece aun muy pocos de estos refinamientos, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y aun dejarse caer luego dentro de los muros de la noble capital. Al entrar en ella, y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores; ni acudirán á recoger su equipage infinidad de mozoelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo lo contrario: la mas absoluta soledad, la mas completa indiferencia, esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital, ántes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por origen la escasez de viajeros, propiamente tales, que suelen visitarnos, la falta de estímulo para las grandes empresas industriales, la indefinible arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar. La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilización, el interés, que sabe levantar en ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó mas personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederla por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles, y hasta de su misero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia, se hallan hoy suscritas mas de dos mil casas en Madrid.—El día en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederías las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales, brinde al transeunte, al celibato, al extranjero con los goces y comodidades que le ofrezcan los hoteles de Paris, Lóndres y

Bruselas, la civilización, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán más visitadas y conocidas; el interés de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de este recurso de existencia, el forastero de este medio de incorporación á nuestra sociedad, y esta, en fin, verá desaparecer un tipo que sino es poético, por lo menos tiene un poco de original.

En la dilatada escala de las familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, sería imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos. — Los hay que ostentando aun los restos de una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio: pero el precio de ellos suele exceder por lo menos en un doble al que costaría igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reúnen á una mediana comodidad, los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las más módicas fortunas, ofrecen al desdichado forastero aposento, cama, luz y alimento por la inverosímil cantidad de *cuatro reales diarios*. De estos establecimientos solo puede decirse que son una providencia artificial, un problema humanitario, resuelto por algún genio bienhechor.

Las familias vergonzantes y numerosas acostumbra recibir un huésped solo para conllevar el pago de la casa, limitándose ellas á habitar las piezas interiores. En tal caso el huésped no es huésped; es otra persona más en la familia. Recibe sus confianzas; asiste con ella á la mesa común; hace pié en el tresillo; acompaña á paseo, á misa y al teatro; enseña á escribir al niño de la casa; da lección de guitarra á la señorita; cuida de los tuestos del balcon y de echar alpiste al canario, y prepara el rapé para la mamá. En casos tales, para buscar al huésped hay que pasar á las habitaciones interiores; para hacer visita á las amas, es de rigor que se las busque en la sala principal. — La más extraña amalgama se establece entónces en el adorno de esta; las botas están sobre el piano; el S. Antonio de talla tiene en su cabeza el schakó del capitán; el ridículo de la señorita suele servir de bolsa á los cigarros; el nacimiento del niño viene á interpolarse en la cómoda con las pistolas y cartucheras; los Devocionarios con las Julias; los jabones y navajas con los pendientes y anesús. — Si el huésped cae malo, no hay género de atención ni de cuidado que no se le prodigue; se quita la campanilla de la puerta; se encierra al gato; se sahunan con espliego y juncia las habitaciones; se llama al médico de la familia, al barbero, al comadron; se le hace tomar por fuerza al enfermo un caldito de chorizo y morcilla cada cuarto de hora; se le ponen sinapismos hasta en las rodillas; se le buscan apetitos que alarguen la convalecencia dos meses más. Por último, cuando se marcha de la casa, aquello es una verdadera desolación; hay llantos, gemidos y patatuses; y no ha llegado el huésped á las Rozas, cuando ya recibe epístolas que pudiera el tierno Ovidio envidiar.

Este, por supuesto, es el bello ideal de la especie, el *desiderandum* de todo aventurero viajador. No se dan tan espontáneamente estas familias tiernas, íntimas y simpáticas; ni de tan buena estrella suelen ir acompañados los galanes viandantes, para saber conquistar tan grato homenaje agasajador.

Réstanos ahora, y después de haber pintado los diversos matices heroicos de que se reviste á veces nuestro tipo, trazar algún rasguño general que ponga de manifiesto, no el lado feo, sino por desgracia el común de la especie en cuestión.

Generalmente las casas de huéspedes son tenidas por una matrona viuda ó jubilada, cuya historia anterior suele ser un secreto de su estado. Solo se sabe, por ejemplo, que es vizcaína, por su apellido *Arreway-gorriurumizaeta*, y por sus admirables manos para aderezar el bacalao; que es andaluza, por su gracia parlara, lo aljofifado de los ladrillos, y el tuffilo de azúcar y menjí; que es castellana, por su frescura, su aseo y su franca sequedad. Por lo demás, si su difunto consorte murió en este ú el contrario bando, en la batalla de Mendigorria; si su padre era ó no era intendente de Tlascalá en tiempo de Hernán Cortés; si tiene ó no tiene un primo colector de bulas en Avila de los Caballeros; si su hija está ó no casada con un capitán de marina al servicio del Japon; esto es lo que ella sabe, lo que ella cuenta, ó lo que ella calla, lo que nadie cree, ó lo que á ninguno le importa. Baste decir que sus modales, aunque un sí es no es ordinarios, revelan cierto roce de gentes; que sus facciones, aunque añejas, dejan adivinar cierta pasada perfección; que su familiaridad con los criados, como que da á sospechar no haber sido siempre extraña á su comunión; que su marcialidad con los huéspedes, descubre al mismo tiempo que la es desconocida la íntima comunicación con más elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de los parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la corte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de S. Fernando, y su gracioso delantal; y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no vé, que escucha y que no oye, que sisa, come, calla y no replica. — Las criadas ocupan la cocina y el comedor; el asturiano la antesala; los huéspedes la sala principal y los dormitorios interiores; el ama de la casa, ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó riñe á voces con el aguador: ya acude risueña á coger un botón ó á repasar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita lo introduce á la audiencia de la Sra., la cual en muy breves palabras se pone al corriente de su porte y le clasifica y tasa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la virgen ó en el de los tuestos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincón. Si dice que comerá fuera, entónces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provision; si permaneciere solo ocho días, costarále al triste más que si permaneciera un mes: y así otras reglas de proporción *ad usum* de las amas de huéspedes. Si es diputado, y ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero, pero también pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Mientras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretexto de buscar una llave ó dar cuerda al reloj; pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, pesarle, calcularle y anatomizarle mentalmente; y si tiene vigote y barbas, ó si gasta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto, y á surtir el aguamanil.

El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chinelas, guantes inmemoriales, cigarros inverosímiles, gacetas vírgenes, y mártires sombrereras de carton. Muda á vista del nuevo cofrade las sábanas de la cama, por

otras no tan amarillas; barre el cuarto á sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello «es un coche parado» (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí «no se siente una mosca» y vé correr á este tiempo tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuadras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

El ama hospitalaria no gasta para sí un solo maravedí: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragon: para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos: para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros días de noviembre, ó se almazzarran los suelos en los últimos de mayo; para ellos, en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal. — Únicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de aquellas frutas, diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion; que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitacion, se sirve con ellos á *perfecta vicenda* para sus regulares necesidades; que aquel farol á ella tambien la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen, y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amen del estipendio diario, semanal ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos *in sólido*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prenderia, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos días la caridad pública en el lecho de un hospital.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA CASTAÑERA.

ARBOL nobilísimo es el castaño, si consideramos que con su nombre y los derivados de su nombre se ha formado el patronímico de muchas familias, mas ó ménos ilustres; ¡y á buen seguro que me desmientan los *Castañedas*, ni los *Castañizas*, ni los *Castañeiras*, ni los *Castaños*, ni los *Castañones*! Un *castañar* era el feudo que tenia en mas estimacion aquel *García de idem*, cuyo elevado carácter y esclarecidos hechos celebró en un drama inmortal *D. Francisco de Rojas y Zorrilla*; aquel que se envanecía con ser tenido por el *labrador mas honrado*, y aun que no humillaba su cerviz del *Rey abajo á ninguno* contento con la vida patriarcal y bucólica que llevaba, exclamó:

.....
Que aqueste es el *castañar*
Que en mas lo estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

Por último, el nombre de *Castaños* representa y simboliza una de las páginas mas bellas de nuestra moderna historia. *D. Francisco Javier Castaños* se llama el benemérito general español que primero humilló las hasta entonces nunca humilladas águilas francesas cuando en los campos de Bailen fueron vencidas y derrotadas por visos soldados las agueridas huestes de *Dupont*; y es fama que á cada tiro y

á cada bayonetazo escarnecian los *nuestros* á los *guiris* con un ¡*toma para castañas!* ¡Batalla memorable que dió renombre europeo y elevó al primer grado de la milicia y á la grandeza de España, con el título de *duque de Bailen*, á quien ya nació emparentado con ella, y á quien—¡*Vicisitudes humanas!*—¡puede hoy un ciudadano tributar justos elogios sin riesgo de que le acusen de quemar incienso en las aras del poder y de la fortuna!...

Fronroso, corpulento, prócer, de bella flor, regalado fruto y apacible sombra, es el *Castaño* uno de los árboles mas beneficiosos. Su compacta madera es utilísima para toda clase de carpinteria, excelente su leña para el hogar; bien en rajadas, bien reducida á carbon, y de los glóbulos espinosos que el árbol produce sale un alimento que codician los pavos y es la delicia de otro animal... ménos grato de nombrar que de comer. A las *castañas* deben, en efecto, su gastronómica nombradía los ricos y succulentos jamones de *Caldelas y Aviles*; y tambien el animal implume y bípodo que llama hombre las saborea con placer, crudas ó cocidas, asadas ó pilongas, acarameladas por *Navid d*, ó en potage por *Cuaresma*.

Otra prueba de la justa celebridad del producto sudocico es haber dado nombre á un color. A cada instante oimos decir pelo *castaño*; esto pasa de *castaño oscuro*. Hasta un autor, que fue *gracioso*..., al ménos en las listas de las compañías á que perteneció, fue mas conocido por el apodo de *Castañutas* que por su nombre bautismal. Hay vasijas, y no destinadas para el agua, que por excelencia se nombran *castañas*, y hasta el moño de las mujeres, rubias ó pelinegras, *castañas* ó *pias*, se ha distinguido y en algunas partes se distingue todavia con la misma denominacion. ¿Que mas? *Castañuelas* son; esto es, diminutivo de *castañas*, los sonoros instrumentos de la *Crotalógia*; de ese arte sublime, cuyos luminosos principios se encierran en esta sabia y significativa máxima: *ó no tocar las castañuelas ó saberlas tocar*. Y á la pericia en tocar las *castañuelas*, diminutivo de *castañas*, tanto como á la ligereza de sus piés, á la flexibilidad de sus rodillas, á la morbidez de su talle y á la movilidad de su gesticulacion, debe sus triunfos pantomímicos la famosa *Fanny Essler*, esa *Terpsícore* de nuestros días, embeleso de ambos mundos. Por ella, por sus *castañuelas* tiene ya fama universal la *Cachucha* española, cuyos dengues voluptuosos y provocativos contoneos han vuelto locos de regocijo á los graves descendientes de *Wasingthon* y han inflamado la sangre de los glaciales moscovitas.

Castaño..., *Castaña*.... No me precio de etimologista, pero tengo para mí que estos vocablos se derivan del vocablo *castidad*. Las mismas letras de que se componen lo estan diciendo: *casta-ña*.... ¿Y como poner en duda lo *casto* de esta *casta*, cuando la forma y las condiciones del fruto demuestran que Dios lo ha criado para ser emblema *comestible* del pudor y de la continencia? Nace la *castaña* cubierta de un púdico zurrón erizado de punzantes espinas, como si el Autor del Universo quisiera con él defenderla de la humana voracidad. Antes que llegue á sazonzarse es la desesperacion de los golosos; fruta invernal, no se esquilma hasta que el termómetro de *Reaumur* marca pocos grados sobre cero, estacion en que las pasiones no son por lo general muy activas y vehementes. Aun entonces no se desprende de la rama natal sino á fuerza de violentas embestidas y sendos palos; ántes de ser desarmada hiere con sus pinchos la mano atrevida que lo intenta; aun despues de mondada de su áspera corteza; aun despues de *exclaustrada*, digámoslo así, contra su voluntad, esta monja vegetal, esta vírjen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad, vestida de punta en *castaño*, con la doble y tenaz coraza que ostenta; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavia résiste á la vergonzosa

desnudez que tanto teme y esquiva, todavía pugna por coherir é identificar á sus carnes immaculadas aquella ténue película, su postrer refugio, y como si dijéramos *su camisa*. ¡Cándida doncella! ¡Interesante criatura!

Pero si queda demostrada la *castidad* de la *castaña*, no lo está tanto la *castidad* de la *Castañera*. Entiéndase esto sin menoscabo de la buena opinión de tan benemérita *clase*, á la cual no es lícito atribuir menos virtudes que á las honorabilísimas de piñoneiras, naranjeras, buñoleras, rabaneras, etc., etc. Dígolo porque, si bien hay *castañeras* del estado que se llama honesto, las hay también empadronadas con los venerables títulos de esposas y madres, y es cosa averiguada que para *asar ó cocer castañas* no es necesaria para maldita de Dios la cosa el requisito arriba mencionado.

Dejo á los eruditos y curiosos parlantes la meritoria, bien que ímproba tarea de escudriñar desde cuando empezó á ejercerse en Madrid la importante *profesión* de *Castañera*, y quien fue la primera que como tal mereció ser inscrita en los registros de la policía: basta á mi propósito hacer observar al pio lector que la práctica de semejante industria data evidentemente de tiempos muy remotos...; acaso del tiempo de *Mari-Castaña*, que, como todos sabemos, fue coetánea de *El rey que rabió* y de *Perico el de los palotes*. Lo que consta por documentos auténticos es que la *clase* llegó al apogeo de su gloria en el último tercio del siglo próximo pasado, y que hasta principios del presente se mantuvo á la altura de la gran reputación que supo adquirir. Durante el período citado, mas de una heroína de fuelle y tenazas mereció los honores de la escena. Díganlo las *Castañeras picadas*, y otros dramas del nunca bien ponderado *D. Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla*, que no por llevar el humilde título de *sainetes* y porque en ellos se peque gravemente contra los dogmas y fueros de eso que llaman *buen tono*, dejan de tener mas mérito intrínseco, y sobre todo mas originalidad y mas nacionalidad que otros de mayores dimensiones, escritos con altas miras filosóficas, terapéuticas y sociabilitarias.

Hoy día, preciso es confesarlo, no son nuestras *Castañeras* sombra de lo que fueron. Guardan, si, muchos de sus rasgos característicos, pero aquella fiera varonil de que un tiempo blasonaron y aquella su procaz elocuencia, que era el embeleso de los barrios bajos y el terror de los altos, pertenece ya en gran parte á la historia; y para admirarla, si no en su origen, á lo menos en copias bastante fieles, es preciso asistir á las representaciones de los ya indicados *sainetes* del referido *D. Ramon de la Cruz, Cano y Olmedilla*.

Verdad es que si en este siglo que apellidan *de las luces* y yo llamaría *de los fósforos*, es muy difícil encontrar á la *mujer fuerte*, ni aun en el gremio de las *Castañeras*, no está ménos gastado, si del todo no ha desaparecido, el tipo singular del *Manolo*; la fisonomía y virtualidad de aquellos héroes de presidio y taberna que prorrumpían en estas enérgicas palabras:

Ú te he de echar las tripas por la boca,
Ú hemos de ver quien tiene la peseta;

ó decían, para pintarlos con una brochada mas análoga al artículo presente:

Los héroes como yo cuando pelean
No reparan en mesas ni en castañas.

Con efecto, desde que dejaron de existir zorongos y redecillas; desde que ascendieron á pantalones los calzones de nuestros abuelos ha ido degenerando de día en día aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco ó

nada conserva de sus antiguos hábitos. Lo que llamamos *pueblo bajo* ha menguado en calidad y en cantidad, como ha decaído en riqueza y en prestigio la aristocracia. Las *clases medias* absorben visiblemente á las extremas; fenómeno que en parte se debe á los progresos de la civilización, en parte al influjo de las instituciones políticas, y cuyas ventajas é inconvenientes no me propongo dilucidar. Ello es que ya no se encuentran por un ojo de la cara aquellos chisperos cuya siniestra catadura debe de estar muy presente en la memoria de *Godoy*, ni aquellas manolas que santiguaban con una pesa de dos libras á los soldados de *Murat* que osaban requebrarlas. Es cierto que aun hace la *navaja* de las suvas y que hay todavía en cada plazuela varias *catedras*, no reconocidas por la Dirección de Estudios, donde se enseña *gratis* el arte ameno y persuasivo de esgrimirse á desvergüenzas; pero estas mismas desvergüenzas son ya algo mas cultas y menos peladas que *in illo tempore*, y son, para bien de la moral pública, menos frecuentes los repelones y las azotainas: hasta en la ropa, cuando no se viste el uniforme legal que iguala al rico con el pobre y al noble con el plebeyo, hay cierta arbitrariedad, cierta insubordinación que se asemeja mucho á la anarquía. Ya no hay traje nacional para nadie, como no se busque en alguna arrinconada é insignificante aldea. Vemos á mas de un señor titulado ataviarse con zamarra y sombrero calañés, como vemos á mas de un proletario menestral proveerse de levita en los portales de la calle Mayor, y tan *lechuguinas* se van haciendo las *Bastianas* y las *Alifonsas* que no pierdo la esperanza de ver á alguna de ellas con papalina. ¡Oh tempora! ¡Oh mores!

Volviendo á las *Castañeras*, observo entre ellas varias graduaciones, ó lámense gerarquías, que conviene deslindar para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que hay *Castañeras* á quienes humillaría el trato con otras menos calificadas.

En primer lugar, aunque todas tratan en *castañas*, unas las *cuecen* y otras las *asan*: en segundo lugar, unas *asan* las *castañas así*, y otras las *asan... asado*: en tercer lugar, hay *Castañeras* de esquina, *Castañeras* de portal y *Castañeras* de taberna.

Las *Castañeras cocidas*..., quiero decir, las *Castañeras que cuecen*, son las últimas en categoría, y como el populacho de la comunidad; tanto por la vida nómada y aperreada que llevan, porque generalmente no tienen puesto fijo, cuanto por ser menos codiciada su mercancía y muy escaso el capital que emplean en ella. La misma olla, con honores de cántaro, en que cuecen las *castañas*, sirve de almacén para guardarlas y de mostrador para venderlas. El año con que las sazonan vale poco, el carbon que para ello consumen no vale mucho, y el agua que gastan, si la toman del pilon de la mas cercana fuente, como es probable, no cuesta nada. Por lo mismo, suelen dedicarse á este subalterno tráfico muchachuelas de poco *pelo* y mal *pelaje*, ó viejas deterioradas, cuyo calor natural no basta á reemplazar el de las *castañas* cuando lo pierden por la influencia de la atmósfera, por mas que abracen y acaricien con materno amor el yerto receptáculo.

Las *Castañeras que asan*, ya son gente de otra estofa. Suele ser su comercio, aunque algunas lo ejercen de *ab initio*, decente jubilación de una *carrera* mas activa relacionada en cierto modo con la de *San Gerónimo*, particularmente en el espacio que media desde el que fue convento de padres de la *Victoria*, hasta el que lo ha sido de madres de *Pinto*.

Es de presumir que en este invierno crezca considerablemente el número de operarias de dicha procedencia, merced á las visitas domiciliarias y pesquisas callejeras verificadas poco ha por orden de la autoridad superior política; medida cuya constitu-

cionalidad podrá ser disputable, y cuyos efectos llegarían á ser funestos á las libertades públicas y al derecho de propiedad, si se repitiese y generalizase demasiado; pero á la cual debemos por de pronto la ventaja de tener mas espedito y menos peligroso el tránsito de la calle del Príncipe, la plazuela de Santa Ana, é islas adyacentes. Pero á los que no somos gefes políticos, ni celadores municipales, ni periodistas, no nos incumbe inquirir y rastrear vidas ajenas. Por otra parte, *agua pasada no muele molino*; la Magdalena mas pecadora puede ser con el tiempo modelo de austera santidad; y en resolucion, cualesquiera que hayan sido los precedentes de una *Castañera*, por lo que es debemos juzgarla, no por lo que haya sido.

Una *Castañera* de la especie que voy describiendo ha menester para serlo dignamente gastar algunos duros en proveerse de los siguientes utensilios: una mesa con su cajon correspondiente, una vasija *sui generis*, un anafe ú hornilla portátil, un cañon de hoja de lata que de salida al humo sin molestia de la protagonista y de los transeuntes, un fuelle, unas tenazas para escarbar la lumbre (estas pueden suplirse con los dedos); un cuchillo para hacer en cada castaña la incision con que se facilita despues la separacion de la cáscara; una manta, ó parte de ella, para abrigo de la ya tostada mercadería; una espuerta bien provista de carbon, un tarro lleno de sal, aunque algunas pueden suplirla con la mucha que Dios les ha dado; una silla para la *maestra*; á veces un cobertizo, que á ella y á su hacienda resguarde de la intemperie; y ademas de todo esto, y de algun otro admiculo que puede haberse olvidado, tiene que pagar á la Villa la licencia para vender, y acaso á algun casero despiadado ó á algun tabernero sin entrañas, el alquiler del reducido terreno en que pone su tinglado. Es, pues, evidente que, si quiera bajo este aspecto, son las *Castañeras* mujeres que *tienen que perder*. Consideremos tambien que su vida sedentaria y afanosa, la publicidad de sus funciones, lo *incombustibles* que llegan á hacerse á fuerza de familiarizarse con el fuego, á lo mucho que perjudican á sus *gracias personales* y á los primores de su *toilette* los descatos del humo y las insolencias del carbon, son otras tantas garantías de ejemplar conducta propia, y otros tantos preservativos contra los estímulos de la agena concupiscencia.

Sin embargo, como nunca falta un roto para un descosido, y de gustos no hay nada escrito, y los hay que merecen palos, las *Castañeras* que no son casadas, y tal vez algunas que lo son, suelen tener un chulo que *liquide* en la taberna los productos de las productos de las castañas. Lo malo es que á medida que estos en general se aumentan, se disminuyen en particular, porque las tiendas y las ambulancias de este artículo de comercio, no comprendido en la tabla de aranceles, se multiplican prodigiosamente, y ya no solo hay *Castañeras*, sino *Castañeros* tambien. ¡Si; *Castañeros*! Tanto es el egoismo del hombre, y de tal suerte ha venido á ménos la galantería española, que usurpamos al *bello sexo* hasta el ejercicio de las tranquilas y delicadas labores análogas á su tierna complexión y blandas costumbres! ¿Que es ver á un tagarote holgazán manejando el fuelle afeminado en vez de la ruda piqueta?... Pero, ¿quien sabe si alguno de esos desventurados pertenecerá á las *clases pasivas*?...!!!

Y los *castañeros* son sin duda los que, por pereza ó por economía, han sustituido la prosáica cacerola, ó sarten sin mango, al poético cantarillo agujereado del siglo de oro castañero!—¡sacrilegos!—y los que han suprimido el elegante tubo que reprimía y daba conveniente direccion al humo, hoy tan licencioso é indisciplinado.—¡Vándalos!... Pero no faltan respetables matronas que, fieles á las buenas tradiciones del

del arte, mantienen y alimentan con loable perseverancia *el fuego sagrado*. Estas heroínas contumaces, que constituyen la *aristocracia* del oficio, tienen establecido por lo regular su *despacho* á las puertas de las tabernas. Bien saben ellas lo que se hacen, como veteranas que son. ¿Hay aliciente mas poderoso para el vino que las *castañas*? Con solo verlas en las ascuas se codicia el zumo de la vid, y aun por eso dijo, dos siglos ha, mi paisano *Villegas*:

Al son de las *castañas*
Que saltan en el fuego,
Hecha vino, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

Hay; en efecto, manjares que convidan mas que otros á beber, tales como la salchicha, el abadejo, la tarángana, la sardina.... pero si grato con ellos, con las *castañas* es indispensable el vino, so pena de morir estrangulado..., ó de beber *agua*; que para muchos hombres de bien es el mayor de los suplicios. Aquella sustancia seca, farinácea, de difícil y laboriosa deglucion, pide vino con urgencia, y de ahí viene sin duda el dicho vulgar: *dijo la castaña al vino bien venido seas, amigo*.

Razones de amor propio, ademas del atractivo de la ganancia, aconsejan á las *Castañeras* el situarse en los peristilos de los templos de Baco, que si los devotos apetezen solamente las *castañas* cuando entran, tal vez cuando salen apetezen.... la *Castañera*.

Ni siempre vegeta pasiva y sedentaria al amor de la lumbre y al cuidado de su hacienda; que en las horas de menos despacho suele dejar á cargo de alguna comadre, ó de algun compadre, su portátil mostrador para visitar el de la taberna acreditando con frecuentes libaciones de *Yepes* ó de *Valdepeñas* no ser indiferente al fervoroso culto que allí se tributa al número de *Anacreonte*. Ya se ve; sus miembros se entumescen de estar tantas horas encogidos; su gañote se seca de tanto gritar: ¡*gordales, seis al cuarto!* ¡*Que se arrematan!* ¡*Cuántas, que queman?* y es preciso poner alguna vez los huesos de punta y *remojar la palabra*. Por otra parte, si algun cachirulo la *camela* con medio chico en la derecha y pellizcándose con la izquierda el lábio inferior, ella, que no es mujer de negarse á casos de honra, ¿como ha de resistir á un brindis tan *macareno*? Tratándose de *dechar copas* entre gente de *caliá*, una mujer de su *aquel* nunca se escusa de echar *su cuarto á espás*. Cuando se la convida con mal modo, ó se toma algun *endino* libertades previas y extrajudiciales, le confirma de lo lindo con las tenazas; pero sabe tambien, en ocasiones, ser agradecida y campechana, y si algun majo llevó su galantería mas allá de lo que su bolsillo permite y su crédito consiente, ¡*aparte usted!* le dice, ¡*desgalichao!* y plantando sobre el aparador un peso duro, exclama con gentil desenfado y mucha de la fanfarria: *ó semos ó no semos; donde yo estoy no paga naide*.

Amen de estos agradables episodios, la *Castañera de taberna* pasa una vida hasta cierto punto envidiable. Su tenducho es una especie de tertulia que frecuentan y amenizan con sus chistes y agudezas los criados de la vecindad, los *simones* desocupados, los comparsas de los teatros, y los mozos de cordel. Allí se deletrea y se comenta *el papel que ha salido nuevo* con noticia de las poteneias extranjeras que los ciegos han recibido por *extraordinario*. Ella pescuda, y humea, y analiza á las mil maravillas la *crónica escandalosa* de la manzana, y puede dar razon de lo que pasa en ella tanto quizá como el memorialista de enfrente ó el zapatero de la esquina, y desde luego mucho mas y mejor que el *alcalde del barrio*. Es mujer de pró, que egerce en su distrito cierta jurisdiccion moral; y manejando á su arbitrio las pasiones de *escatera abajo* y los afectos de *portal afuera*, así pro-

mueve una camorra como la apacigua, según el humor que viene; ó para expresarlo en términos más castizos, según se lo pide el cuerpo. Sarcástica y de-

decidora, el chisme es su comidilla y la sátira su regodeo; pero sabe soltar sus pullas con tanto disimulo como oportunidad, y hasta las palabras con que pre-



La Castañera.

gona su mercancía suelen ser otras tantas *indirectas del padre Cobos*. Así, por ejemplo, si con sus guiños y ventaneos, y ceceos y tapujos dan que decir las hijas de la escribana, apenas las ve salir de casa las mira con el rabillo del ojo, y canta en octava mayor: ¡ *Ahora salen las calientes!*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL BARBERO.

Como que es una cosa indispensable pasar los puntos de la pluma por el suavizador de Lanne, para colocarnos después á la esquina de una calle y observar con detención esas hileras de yelmos de Mambrino que diezman las casas de la capital, dando guardia de honor á las puertas de las barberías; nadie extrañará que en nuestras noticias barberiles demos la preferencia á la vacía.

La vacía no es una cosa así como suena, tratándose de un barbero, porque difícilmente se encontrará un instrumento más significativo ni tan característico acaso.

La vacía colgada al exterior de los establecimientos en una palomilla de hierro ó de madera (esta distinción indica los humos aristocráticos del maestro sangrador), suele ser de azofar ó de hojalata (esto también pertenece á la categoría del establecimiento) podrá servir de *tam tam* á las conteras de los paraguas en días de lluvia, de blanco á las pedradas de los mu-

chachos, de barómetro á los vecinos cuando los huracanes y aquilones andan robando sombreros, y poniendo de manifiesto las pantorrillas y....; de piedra magnética á las bayonetas de los nacionales que van de patrulla; y últimamente, de aviso á los que quieren oír *el punto de la Habana* ó decreten la siega de su barba. Pero es más importante que todo eso la misión de las vacías cuando libres del aire, y los muchachos, se muestran obedientes á su centro de gravedad: cada vacía es un espejo ustorio de su respectivo barbero; el elegante que pasea tranquilo é inocente por la calle es el foco del instrumento; los anchos faldones de su frac: ó el ala enorme de su sombrero, se retraen con toda precisión en la vacía; el barbero no quita la vista de su daguerrotipo, y apenas conoce que la moda se ha enriquecido con algún nuevo descubrimiento, tira la navaja ó la guitarra, pues precisamente tendrá una cosa de las dos en la mano, descorre la cortinilla, y llama desahogado al sastre de enfrente que por miedo á las contribuciones tiene su taller en un portal. Llega por fin el profesor tigera, recibe las instrucciones del mancebo, y nosotros que aun no hemos concluido de examinar la parte exterior del establecimiento sabremos después lo que discurren los dos vecinos.

Las puertas de la barbería gozan de una libertad absoluta, para ser verdes, blancas, etc.; pero ordinariamente son azules con listas amarillas, y una gran estrella encarnada en el fondo del cuerpo inferior que es la parte leñosa de ellas. De medio cuerpo ar-

riba están compuestas de cristales ó vidrios; las mas veces de esta última materia, y cuando son de la primera, imitan tanto á los segundos que parecen una misma cosa.

A la parte interior de estas vidrieras, suele haber unos cartelitos de papel con lazos de colores que dicen:

Acui se uenden sanguiquetas de superior calidad y se da, Razon de un Maestro de Guitarra por cifra; son estremenas.

Por el estilo de estos anuncios suele ser la muestra que, colocada entre las dos vacias, sirve de rodapié en el balcon del piso principal. Distingúense todas por su contenido, que regularmente no baja de 100 letras lo menos. Es cuanto pueda saberse ántes de diez minutos que vive allí:

D. CIRIACO LAGARTOS, PROFESOR.
 APROBADO DE CIRUGIA. COMA
 DRON Y SACAMUELAS, AFEITA Y CORTA
 A REAL, Y MEDIO RIZA EL PELO.

Mucho ántes de ponerse el transeunte á tiro de navaja en las barberías, hiere sus oídos el rascar de la guitarra con que el mancebo entretiene la ausencia de los parroquianos, y consigue tener siempre desalquilado el piso principal de la casa, merced al poco gusto que se observa hácia las filarmonías ratoneras.

Pero ya se va haciendo tiempo de levantar el picaporte de las puertas vidrieras, y á riesgo de interrumpir los acordes del guitarrista, asomar la cabeza por la trampilla y saludar al artista con las palabras del Angel: ¡Ave Maria! — Adelante, adelante, replicará sin detencion el barbero. Volveremos á cerrar la puerta, y ya hemos penetrado en el despacho del dentista, en la sala de recibo del comadron, en la agencia de los guitarristas por cifra, en el depósito de sanguiquetas, en el gabinete de consultas médico-quirúrgico-farmacéuticas, y últimamente estamos ya de puertas adentro en la tienda barbería.

En el fondo de este aposento se hacen indispensables dos puertas, la una con vidrieras, y la otra sin ellas, pero coronadas ambas de unos pabellones que precisamente han de ser blancos, ó cuando mas amarillos, pues son los únicos colores que admiten las colgaduras de estos establecimientos.

La primera conduce á una alcoba destinada para las consultas secretas, y los disparates á oscuras en perjuicio de la humanidad doliente. La otra que carece de colgaduras es pequeña; por ella sale y entra el barbero toda vez que le ocurre dirigirse á la cocina para calentar el agua, sacar lumbre á los parroquianos fumadores y..... algun dia que la mujer está lavando los navajeros en el rio, es indudable que el marido espuma los pucheros y pica la ensalada.

Entre estas dos puertas hay un espejo colgado en la pared, cuyo tamaño varia desde seis pulgadas en cuadro hasta poco mas de medio pié, y aun á veces suelen llegar á una quinta parte de vara; lo suficiente para que el parroquiano sepa donde ha de aplicar el pañuelo, que restañe bien la sangre en los dibujos de la navaja.

Debajo de este imparcial retratista del Almadén, hay una mesa parda que todos creen ser de pino, menos el carpintero que la hizo con intencion de adular la caoba. Un majo y una maja de yeso, se ven sobre ella, y en medio de estas figuras, una gran jarra de cristal, llena de agua y peces de colores; al rededor un tintero y una salvadera de metal dorado, formando parte de un heterogéneo recado de escribir que termina con una caja de cartón donde yacen en armonia las obleas y las lamparillas.

En los cuatro ángulos de la sala-tienda, hay cuatro magníficos pedestales de yeso, que sostienen otras tantas estatuas de la misma materia, á quienes llamó el escultor: *Europa, Asia, Africa y América.*

En la fachada opuesta á la del espejo, se ve una repisa de madera sostenida por unas cuerdas, y sobre ella una magnífica redoma de vidrio llena de agua y cubierta la boca por un trapo. Allí dentro se agita un centenar de sanguiquetas, maldicientes tal vez, de la sangre que desprecia su dueño cuando descañena algun prójimo.

Y para no desmentir en nada los anuncios de las puertas vidrieras, no hace falta debajo de esta repisa, un enorme clavo romano, cubierto por un gran lazo de cintas de colores que forman el moño de la guitarra, colgada allí para los usos consabidos.



El Barbero.

Dos listones del mismo color y materia que la mesa de pino, se hallan tendidos horizontalmente en la pared. Anchos de seis dedos y largos de una vara, sostienen, ayudados de diez y ocho presillas de cuero, docena y media de navajas, jubiladas las mas y en actual servicio las menos. Por grande que sea la riqueza y elegancia barberil del sangrador jamás exceden de este número los instrumentos cortantes de cada navajero; suele acontecer únicamente, que estos se multipliquen, pero eso sucede pocas veces, y así se sabe por regla general, que cada barbería tiene un navajero, y cada uno de estos, diez y ocho navajas.

Varias estampas iluminadas, con marcos pocas y sin ellos muchas, adornan las paredes de estos gabinetes, perpetuando la vida, milagros y amores de *Atala* con *Chactas*, las aventuras de *Robinson*, y tal cual retrato de algun héroe frances, por ser este país el que expende á menos precio sus notabilidades. Una docena de sillas de Victoria, con su correspondiente

sosá de á siete, jamás hace falta en estos lugares. Dos de ellas están en medio de la sala con un paño blanco cada una, destinado á cubrir los hombros del paciente á quien Dios castiga dándole pelos en la cara, y la gente, dicha de buen tono, haciéndose los quitar.

Con una mano en la cadera, y la otra en el respaldo de una de estas dos sillas, recibe el barbero á los parroquianos, á quienes hace una reverente cortesía, pasando en seguida á recogerles el sombrero, ó á quitarles la capa en invierno. Y acto continuo los envuelve en el mencionado roquete blanco, haciéndoles tomar asiento en el banquillo del sacrificio.

El barbero de que nos ocupamos no es el dueño de la tienda, ni tiene nada que ver con las certificaciones mortuorias que su maestro anda firmando por las casas pobres del barrio; ni prueba tampoco los dulces, que recoge muy á menudo el comadron, gracias á que el mundo no tiene trazas de acabarse por ahora. El barbero, que se ha dirigido por el agua caliente á la cocina, es uno de los aspirantes á la dignidad y prerrogativas del maestro sangrador; que este tiene en su casa, y á quienes llama *mancebos* á boca llena.

Estatura regular, pelo castaño, casi incrustado en el carrillo, y formando sobre la sien izquierda un gracioso rizo, que parece participar de la sonrisa que baña á todas horas los labios del mancebo, jóven de unos 20 á 22 años; casaquilla gris cenicienta, ó un dorman verde claro con felpa blanquecina, forma un bello contraste con el chaleco escocés, y la corbata pagiza. Un pantalón ancho de todas partes y muy ajustado de la rodilla, hace alarde de su hermoso color de grana, en cuanto lo permiten las campanas de hule negro, y las franjas de paño azul. Ultimamente una boina de paño negro con una franja de plata, termina el traje barberil, haciendo llegar hasta el hombro de su dueño una magnífica borla del mismo metal que el galon plateado.

La primera operacion del barbero, apenas tiene á su víctima con el peinador, es sacar del bolsillo de la chaqueta una petaca de cuero, picar un cigarro de los que lleva en ella, hacer con aquellos escombros, otro cigarrillo, forrado en un papel, y colocárselo tras de la oreja. En seguida coge una navaja, cualquiera de las que están en la pared, y pasándola una y otra vez sobre la correa que coloca en la izquierda, se dirige al parroquiano con la siguiente:

— ¡Ha visto Vd. que tiempo!... ya ya! ningún año se ha conocido cosa por el estilo! Pues de las provincias dicen lo mismo; á mi me escriben de casa que hace un temporal insufrible. Pues al tendero de enfrente... y los periódicos tambien dicen....

— Vaya, despache Vd., es lo único que suele constatar el paciente.

— Si, Sr., al momento; ya tenemos corriente lo principal que es *dar chuleta* á la navaja. Ahora continúa el barbero, aunque el parroquiano no conteste una sola palabra, le pongo á Vd. la *charretera* y manos á la obra.

Al concluir estas palabras, desaparece por la puerta de la cocina, volviendo á poco rato con una vacía blanca floreada de azul propia de la fábrica de Talavera, de la cual se desprende gran cantidad de agua en vapor; y así sin mas ni menos hace que la garganta del infeliz barbudo llene la media luna de la vacía. Entónces echa mano el barbero al bolsillo de su chaqueta y saca una bola de jabón jaspeado, incrustada de diferentes materias extrañas, gracias á la blandura del jabón, y á las migas de pan y polvo de tabaco, que alternan con dicha bola en el bolsillo.

El agua de la vacía, ha perdido en todo este tiempo mas de 40 grados de temperatura, pero aun se conserva á 80 poco mas ó menos, y el desapiadado barbero, prueba la incombustibilidad de su mano derecha introduciéndola en este líquido, y jabonando despues la cara del parroquiano. En esta operacion

suele gastar el barbero menos de un cuarto de hora, y mas de trece minutos, porque este, á no dudarlo, es uno de los mejores pasos del oficio. En él regularmente se distrae el barbero, y pasa y repasa la bola de jabón por el rostro consabido hasta que consigue cubrirle de espuma desde los ojos abajo; y entónces retira la vacía, preparándose para lo mas penoso del sacrificio.

Acto continuo; enciende el cigarro que habia colado tras de la oreja, vuelve á pasar la navaja por la correa, y empieza la formidable, sangrienta y descomunal operacion. El infeliz sentenciado obedece en los giros, las voces ejecutivas del hombre-navaja, que con la menor amabilidad posible, se coloca la cabeza de su víctima debajo del brazo; asoma la suya por encima, y tajo á derecha, tajo á izquierda, humo de tabaco en todas direcciones, varias rociaduras de un líquido viscoso que á no salir de la boca del mancebo, cualquiera tendria por espuma de jabón; todo esto acompañado del enfadoso diálogo sobre el tiempo y la política, y los chismes de la vecindad aumenta la tortura del agraciado, á quien se le pregunta por añadidura: — ¿Está dura la navaja? ¿siente usted aspreza?...

— ¡Oh! ¡no tal! responde el paciente temiendo la venganza del barbero; y resuelto á perdonarle el sarcasmo de la pregunta, reprime las lágrimas que saltan de sus ojos, y repasa en silencio todo el martirologio, comparando su vida con la de S. Bartolomé y demas santos desollados.

Concluye por fin el barbero de raspar y manosear al parroquiano, y con la mayor impavidez le dice: — ¿Quiere usted que le descañone?

¡Huya todo el que no lleve la volubilidad al extremo de mudar de cutis, y no dé nunca una contestacion afirmativa en estos casos! Conténtese con lo sufrido; y concluya la operacion dejándose lavar la cara por fin de fiesta, estableciendo sobre todo una aduaná entre el corbatin y la vacía, para que no se forme entre el pecho y su camisa, el sumidero del líquido jabonoso. Lleve con paciencia la caricia final del barbero que le pasará el peinador por la cara, diciendo: — Salud y mandar. Responda: — Gracias, amiguito, y póngale en la mano seis ú ocho cuartos. Con esto y desprenderse de toda educacion, para poder dejar al barbero empezando á referir cualquier historietta, dará vuelta á su casa, y allí se podrá aplicar tres ó cuatro telas de araña segun el número de deslices que hubiese cometido la navaja.

La misma funcion se repite con todos los parroquianos, con mas el guiño de ojos que suelen hacerse mutuamente los barberos cuando entra alguno de barba cerrada, y sobre todo *vidriosa*. En estos casos se necesita una orden expresa del maestro ó una reprimenda de la maestra, para que los mancebos cumplan su obligacion.

Por la mañana temprano, salen de cada barberia uno ó dos mancebos, á cumplir con los parroquianos que esperando en sus casas al barbero suelen perder mas tiempo del que gastarian en arrancarse uno á uno los pelos de la barba.

En cuanto al momento del sacrificio hacen lo mismo, ni mas ni menos que en las tiendas; lo único que suele ocurrir de nuevo en casa de los parroquianos, es la consulta de la amarillenta y desencajada doncella que cuenta en secreto al barbero su enfermedad. Este no es hombre aprensivo, y la ordena unos polvos cualquiera, que tras de cinco ó seis meses de hospital, hacen crónica la palidez, y la pobre muchacha acude con su palma al cementerio. Y hénos aquí en un punto de la fisiologia que nos obliga á decir algo sobre la posicion social del barbero, y sus ocupaciones en el resto del dia.

La primera diligencia del barbero, apenas se ha botado de la cama (á las seis de la mañana en invierno,

y á las cuatro en verano), es sacar las llaves de la tienda debajo de la almohada del maestro: abrir de par en par las puertas de la calle, regar la barbería y un trozo de cuatro varas en cuadro hasta el arroyo, barrerlo muy bien todo, limpiar los muebles, sacudir los peinadores, colgar las vacías en las palomillas que, aunque no han pasado la noche con las llaves, no se quedaron al raso por necesitarlas el maestro debajo de la cama; y últimamente, colocar las puertas vidrieras, meter la cabeza en un cubo de *l'eau véritable* de pozo, hacerse el rizo consabido, ajustarse la corbata escocesa, y sobre todo, alzarse las mangas de la casaquilla, y puntear un poco la vihuela, que es un reclamo seguro para los parroquianos. A esas horas suelen estrenar la navaja los horteras, los jornaleros y tal cual sacristan de monjas. Mas tarde empiezan á rasurarse los que han vendido en las plazuelas á las cuatro de la mañana, y los nacionales que salen de guardia; los mas perezosos, en fin, suelen ser porteros de oficinas, varios holgazanes y demas gente de la que madruga á las diez y no se sabe afeitarse sola, ni recibir en su casa al barbero.

Después de las dos de la tarde apenas acude nadie á las barberías, y entonces coje el mancebo su capa parda, se emboza bien en ella, mete un libro en cuarto debajo del brazo y dirige sus pasos hácia el colegio de medicina, á donde aumenta el número de mas de 2000 capas pardas y otras tantas boinas, propias de otros tantos mancebos de barbería que acuden allí á lo mismo que el nuestro: á ponerse en estado de ser cirujanos romancistas, aprendiendo á sangrar, á echar sanguijuelas, aplicar ventosas, y en suma á que el pueblo los llame *lanceros*, y estar autorizados para llevar siempre consigo la lanceta y demas chismes cortantes del oficio.

En esta época del día, es cuando el barbero se lanza á la política, y se pronuncia contra el catedrático porque comete la necesidad de decirle que estudie si quiere saber cuanto ignora; y en estos casos tiembla el gobierno y vigilan las autoridades, porque los lanceros son un combustible seguro en las revoluciones.

Pero dejando en paz que el estudiante romancista, con cincuenta ó mas de su calaña, vaya encendiendo la guerra por las calles de la capital, cantando el *himno de Riego* en los tiempos del absolutismo, y la *pitita* en las épocas constitucionales; examinemos sus ocupaciones en la tarde del domingo, y demas fiestas solemnes. Deiémosle pasar en vela la noche del sábado, restituyendo el color perdido en ciertos trozos del frac; dando friegas espirituosas á las costuras del pantalón, y cerremos los ojos por un momento, ínterin elegante mancebo se afana por encorvar las alas del sombrero, y descose avergonzado las borlas que ha lucido toda una semana, sin que su invención haya tenido mas prosélitos que el diputado por su provincia, y tal cual cofrade del gremio barberil. Apartemos sobre todo la vista cuando se envuelva en el gaban azul, y no tendremos necesidad de averiguar porque se le vendió en cuarenta reales el criado del cuarto segundo, mandándole por única condición de venta, que no le usase sin teñir, y mucho menos sin mudarle los botones. Figurémonos ya que el mancebo está en la calle, y procuremos no perderle de vista, porque apenas haya llegado al Prado se confundirá con los primeros elegantes que paseen allí, y en este caso es imposible reconocerle. Los días de fiesta por la tarde, hace sombra el barbero á las mas esquisitas notabilidades de figurin. Las academias de baile y los teatros caseros le abren sus puertas por la noche; de esto resulta que nuestro mocito se enamora de la hermosa jóven que ocupa la silla inmediata; se vuelve loco de alegría al observar la franqueza con que aquella responde á su amor, la ofrece el brazo al salir, y casi está resuelto á decirle: « Señora marquesa, usted se ha engañado; soy... un mancebo de barbería; » pero

gracias á una llave que la elegante jóven saca del pecho para abrir la puerta de su boardilla, conoce el barbero que no es un obstáculo ser oficiala de modista para vestirse de señora los domingos.

Reducido es, como se ha dicho ya, el número de atenciones pecuniarias que pesan sobre nuestro mancebo, pero siendo algo menores las cantidades que ingresan en sus bolsillos, nos vemos obligados á escudriñar los medios de que se vale para la adquisición del chaleco blanco, que luce en Minerva y las Delicias, con mas los cuarenta reales de aquel gaban y otras frioleras, que no fundiéndose con los garbanzos en el puchero, gravitan sobre los débiles hombros del mancebito. El maestro le da por único salario la comida, y la maestra le lava gratis camisas y calzoncillos. Puchero y rompa limpia es todo lo que tienen por rasurar á destajo. Los abanicos y pañuelos que de vez en cuando regala á su novia, y las bocanadas de humo habano con que acompaña su amorosa declaración, son para nuestro propósito del mismo género que los chalecos y las corbatas. ¿De donde sale el dinero para todo? es lo que pretendemos averiguar, suponiendo que no le paga al maestro tres barbas cuando cobra siete, ó que no recoge el valor de cuatro después de haberlas entregado todas. El barbero en general es honrado, aunque pobre, y solo toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño, cuando saca tres muelas en vez de una, y este precisamente es uno de sus recursos pecuniarios. El maestro ignora ó aparenta ignorar los casos de medicina y cirugía que diariamente resuelven los mancebos porque él hizo otro tanto en sus mocedades, y porque ya de tiempo inmemorial ha sucedido lo mismo: entre morir de cornada de buey, y ponerse en manos de un barberillo no hay diferencia alguna: la muerte nos hace á todos iguales, y se lleva sus parroquianos como mejor le place. El único consuelo en esos casos es conformarse con la voluntad de Dios, y gracias, que á cada cual le llega su San Martín. Y como este santo se aparece siempre bajo distintas formas, según la gente á quien visita, el S. Martín de los enfermos pobres que tienen asco al hospital, es el mancebo de la barbería inmediata. Su habilidad en la guitarra le proporciona varios admiradores, que á poco mas se llaman sus amigos, y andando el tiempo enferman, porque la sociedad de Seguros generales no llega á prevenir las calenturas ni las tercianas. Esta última enfermedad es la que mejor conoce el barbero, gracias á los muchos desgraciados que imploran su auxilio cuando sienten el frío de la calentura.

Sea cualquiera la clase de enfermedad que padecen sus parroquianos, los medicamentos que aplica siempre son los mismos. Sangrias, ventosas y sanguijuelas; de este modo cobra por médico, cirujano y barbero á la vez. Lo primero que hace al entregarse de algun enfermo, no es la señal de la cruz, ni otra invocación por el estilo; se contenta con advertir á la familia del paciente que él no está autorizado para visitar enfermos aunque bien pudiera, pues sabe tanto como cualquier médico, á cuya modesta ignorancia añaden los interesados: — ¡Y algo mas! Con esto basta, para coger la mano del enfermo, hacer con ella lo mismo que hacen los médicos cuando toman el pulso y decir á renglón seguido:

— Esto no vale nada por ahora; haremos una sangría para ver si se presenta enfermedad conocida; y no se aflijan ustedes, añade dirigiéndose á la angustiada familia, tengo unas pastillas secretas que ya... el *panaceam universalitatem*, que decimos en la facultad. Si hubiese caído usted en manos de algun médico moderno, dice dirigiéndose al paciente, ¡ya la lleva usted larga!

— Como que estan interesados en que duren los males, responde en voz débil el desgraciado. Desde que un compañero de usted, andaluz por cierto, curó á

mi compadre una pulmonia que trujo del hospital no tengo fe ninguna en los médicos.

— Pues ea, venga el brazo, replica el improvisado doctor; y diciendo y haciendo toma una cazuela que le presentan al efecto, saca una cinta del bolsillo, y aquí es donde hace la señal de la cruz sobre la vena que ha de rasgar ó sobre el tendon que ha de romper pero esto no indica miedo en el operario, ni mucho menos que el enfermo se halle poseido de los demonios; sino que así lo hacia el barbero de su pueblo, y « cuando él lo hacia, estudiado lo tendria. » Por lo demas el mancebo aprendió á sangrar en una hoja de berza, y se atreve á sacar la sangre de cualquiera á traves de una toalla, ó con los ojos vendados.

De estas empresas sale casi siempre mal, como se debe suponer, pero como se viene á la mano, lo que está de Dios, y nadie se muere hasta que sufre la última enfermedad; por mas esfuerzos, que de buena fe hace el barbero para quitar la vida al infeliz que la puso en sus manos, deja de conseguirlo algunas veces, y la naturaleza suele triunfar de la enfermedad, y de los disparates barberiles, que precisamente es la parte mas rebelde y el enemigo mas formidable de la humanidad. Y si estos casos no fuesen del número de las chiripas, algo mas lucido andaria el barbero; porque cuando se pone bueno el zapatero de la boadilla, lo primero que hace es cumplir con el facultativo, aunque para ello necesite destinar los jornales de toda una semana.

Ahora bien, ya parece que con la escrupulosa revista que hemos practicado en todos los pasos de la vida barberil, no debiéramos tener nada que añadir sobre el porvenir de estos señores, apenas han terminado sus años de colegio y establecido su oficina, para cumplir con su lanceta las disposiciones del médico cirujano, y visitar por sí y ante sí á las gentes pobres de su barrio, que no por el deseo de morir mas pronto, sino con ánimo de pagar menos el asesinato, le nombran médico de cabecera. Pero hay una cierta clase de barberos *apóstatas*, que á voz en grito reclaman un lugar en este artículo. Es muy difícil que entre los diversos parroquianos de barba que tiene el mancebo, no cuente algun marqués, senador, diputado á Cortes, ó tal vez un ministro; y en cualquiera de estos casos, especialmente en el último, ya puede decirse que el barbero ha tirado la navaja, y que llegará á ser, cuando menos, comisionado de amortizacion en su pueblo. El mancebo, charlatan de oficio y adulador de circunstancias, no amotigua nunca sus palabras en estas ocasiones, y empieza su carrera reemplazando al ayuda de cámara del ministro, ó sirviendo este oficio por primera vez en casa de S. E. porque no todos los secretarios del despacho usan esta clase de sirvientes. Pasa en seguida á ser secretario particular del magnate, se casa con la doncella mas querida de este señor, y marcha á su pueblo con una comision del gobierno, y una doncella... del ministro á quien afeitaba. Esta brillante posicion no la logran muchos barberos, pero se les presenta á casi todos, y la saben aprovechar algunos.

Hay mas divisiones que hacer aun entre esa clase de gente, que si no vive de lo que rapa como otros muchos, vive rapanlo que es una vida como otra cualquiera, y no de los peores por cierto. Existe un gremio de barberos *ambulantes*, que nos echaria en cara nuestro olvido, sino diésemos cuenta aquí de sus trabajos, en obsequio del rostro tiznado del carbonero, de la dificultosa patilla del mozo de esquina, y de la evacuacion sanguínea que hace sufrir á los aguadores.

Con una chaqueta de pieles en invierno, y en mangas de camisa los veranos, se ajusta un cinturón de cuero con diferentes bolsas, en las que lleva un par de navajas y otros de tijeras, media docena de nueces chicas con grandes, un trozo de jabon y media vara

en cuadro de trapo blanco que fue, una vacia de hierro colada debajo del brazo, un *escalfador* del mismo metal, con agua caliente, en la mano derecha, y un asiento de tijera en la izquierda. Así sale el barbero ambulante todas las mañanas, y se dirige á la fuente inmediata como teatro principal de sus operaciones. Extiende el asiento, acomoda con él al aguador, le introduce una nuez en la boca, chica ó grande segun el calibre del asturiano; á beneficio de este cuerpo extraño *infla* los carrillos el paciente, le jabona el barbero la cara, y entre la navaja y el agua hirviendo, saltan las barbas que crecieron en una semana, y se renuevan las heridas que se cicatrizaron aquel mismo dia tal vez. Esta operacion se repite con todos los aguadores que teniendo barbas, pueden pagar tres cuartos al que se las quita, y seis cuando hace uso de la tijera para pelarle la cabeza, y cogerte tal cual vez las orejas con el mismo instrumento. Ademas de los citados carboneros y mozos de cordel, son tambien pasto del hombre escalfador, los aldeanos transeuntes, que sufren los mismos tajos y las mismas cortaduras, á vista y presencia de todo el que pasea por las calles, y tropieza con estos sangrientos espectáculos. De este modo pasa el barbero ambulante todas las calles de la capital, afeitando gratis á uno de los carboneros para que este le suministre á igual precio el carbon necesario á mantener caliente el agua del escalfador, y entra en un hodegon, cuando se siente acometido del hambre y puede disponer de dos reales, y dar de baja en el barreño de la mondonguera uno de los pucherillos que humean al efecto.

Nada hemos dicho sobre la procedencia de los barberos en cuanto á su naturaleza, ni de su instalacion en las barberias, porque ambas cosas son de poca importancia para nuestros lectores. Aconsejámosles únicamente que rehusen el trato íntimo con los dueños de tienda, porque todos los mancebos se reciben á prueba, y para averiguar su habilidad en la navaja, se estremen manoseando al párroquiano mas amable y menos exigente. Tauromáquicamente hablando, se diria que la prueba barberil, era la suerte de perros en dia de toros.

Sin embargo, y á pesar de que la elegancia y el aseó interior de las barberias, no cambia en nada las noticias que dejamos apuntadas sobre el barbero, no será demas que los nombres de Reigon, Munilla, y otros varios en cuyos elegantes gabinetes de tocador completo se afeita con delicadeza y esmero, nos sirvan para terminar aquí este artículo.

ANTONIO FLORES.

EL INDIANO.

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra: si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extranjero que mendigára de trono en trono algo de proteccion en cambio de un nuevo mundo, no habria en España á quien aplicar con exactitud la calificacion de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes como podian surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños: Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colon, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velazquez, Hernan-Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gubernacion del territorio de América, prepararon al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes sucesos y de tan altos per-

sonages como el estío al otoño, como la almeja á su concha, como el dolor á la vida.

No teman mis lectores que, prevalido de la voz Indiano, les retrate en bosquejo á un sucesor de Moctezuma ó de Atabaliba, que haya bebido en su niñez las aguas del Marañón ó del Orinoco, ni recreado sus ojos infantiles en las cimas del Cuzco ó de los Andes, ni descansado de sus juegos á la sombra de las ceibas ó las palmas. Nada tiene que ver el protagonista de este cuadro con Incas ni con Tlascaltecas, ni sabe cosa alguna en sus primeros años de las Antillas, ni de las Californias. Quien aspire á conocer el país de donde es oriundo, recorra las aldeas de la antigua Cantabria, ó los concejos de Asturias, ó las parroquias de Galicia: tome á su antojo una partida de bautismo, y llámese como quiera de nombre y apellido el sugeto á quien corresponda, se las ha de seguro con el padre, deudo ó amigo de un Indiano, ó con el mismo Indiano en persona. Pocos días de residencia en cualquiera de esos pueblos le bastan para enterarse á fondo del instinto unánime y vocación firme del cuajado enjambre de chicos que allí pululan: solo un fanático por la milicia, solo un hombre, cuyos marciales ensueños se balanceen entre broqueles y arcabuces, columbrará en ellos inclinación á las armas, solo quien delirare por la agricultura contará con la robustez de aquellos brazos para el cultivo de las propias tierras. Mas como, por fortuna de la ciencia y por desgracia del individuo, sabe al dedillo todo español que la postración es el invierno de las naciones, y como esta imagen fúnebre se le presentará mas viva al trasladarse al centro de esos muchachos gallegos, asturianos y montañeses, por cuya circunferencia gira nuestro relato, ha de compararles sin duda á esas bandadas de golondrinas que buscan en mas suaves climas amparo contra las nieves y las escarchas que yerman los vergeles donde fabricáran sus nidos: como ellas emigrarán á centenares apenas consigán desplegar al viento sus alas, y mientras llega ese día forman en conjunto un abundoso plantel de Indianos.

A duras penas matareis el tiempo en una aldea, si no pasais tres ó cuatro horas al día en la esquina de una calle ó en el ángulo de una plaza. De este modo observareis de cerca á esos chicos, y os persuadireis de que cuanto les rodea sirve de jugoso pasto al único pensamiento que les anima y crece con ellos y con ellos se desarrolla. Si descubris algun muchacho que va por leña, no le perdais de vista: el camino que conduce al monte es mas llano y espacioso que todos los de la comarca, y ántes de aprender el Credo, sabia el leñadorcito ser obra de un paisano suyo, que ganó pingüe fortuna á favor de veinte años de permanencia en Lima. Si á la caída de una tarde de verano tropezais con un chicuelo que viene de apacantar cinco ó seis vaquillas y le preguntais donde se guarece de los ardores de la siesta, os ponderará cuán amena sombra le brindan las tapias de una fértil huerta contigua al prado, propiedad de un pariente suyo, si bien remoto, que regresó á su país cuando Méjico dejó de pertenecer á España. Acaso, sin apercibirlos de ello, se os cruce en angosta travesía algun rapaz para quien es árdua empresa sostener la vasija que lleva en la mano, pues si os viniera en voluntad adquirir pormenores sobre aquel encuentro, insignificante segun las apariencias, averiguariais como hace un viaje cotidiano á la taberna en busca de media azumbre que el autor de sus días, natural de Reinosa, y vecino de Cartagena de Indias, tiene la humorada de costearle á su abuelo, un si es no es dado al mosto. Si sois observador profundo hasta comprenderéis como el muchacho, que por su desdicha pasa la niñez endeble y enfermizo, disfruta como todos los de su edad de ese poderoso estímulo, de ese irresistible aliciente, bajo cuyo influjo merma de día en

día la población española, porque desde el poyo ó tarima, testigo de sus dolencias, tiene fijos sus ojos de continuo en los terrados y chimeneas de un magnífico edificio, propio de un sugeto á quien los ancianos del país vieron marchar vestido de paño burdo y con almadreñas, para volver con tres millones de reales, amen de un condado.

Aun cuando no llevo escrita ni una sola línea que no sea indispensable para el conocimiento, análisis y estudio del tipo, manantial de mis actuales inspiraciones, circunscribí el asunto á mas estrechos límites para que sobresalgan como es debido las brillantes formas del Aquiles de mi Iliada, del Godofredo de mi Jerusalem, del héroe de mi epopeya. Así como de una crisálida sale una mariposa, un montañés se convierte en Indiano; y afuer de prácticos naturalistas conviene paremos mientes en el incidente mas mínimo que concurra á tan importante metamorfosis.

Si eligiéramos por tipo á un gallego, le trasladáramos desde su hogar á la Coruña: si á un asturiano, forzoso era comenzar por llevarle á Vigo á toda costa; preferimos de buen grado á un montañésillo, y desde su aldea le trasladaremos via recta á Santander. Allí le acompaña su padre ó pariente mas cercano, siendo portador del producto de su última aranzada de tierra, vendida para satisfacer el flete del viajero y para la manutención de ambos, mientras una velera fragata cierra su registro y sopla viento favorable: en Santander se necesita nordeste hasta para ir á misa. Llegado el instante fiero, el montañés pimpollo, que se cumpia entre dos y tres lustros, responde con suspiros á los consejos de su padre, y con sollozos á las exhortaciones de la mujer, en cuya casa se hospedan, y para demostrar si serán impertinentes, baste decir que la compungida dueña llevó al cuello por dote una moneda de la proclamación de Carlos III, solemnidad que coincidió con su nacimiento. Por último, en el muelle y con un pié en el bote, que ha de conducirle á bordo de la fragata, recibe el hijo de manos del padre un escapulario de la Virgen de las Angustias, dos bendiciones, tres abrazos y cuatro pesetas sevillanas: sentidas palabras y dolorosas frases dan fin á tan patético cuadro. Triste y macilento regresa el padre de familia al seno de la suya: por honda que sea la del chico desaparece de su corazón ántes que el mareo de su cabeza: por copiosas y ardientes que broten sus lágrimas, caen, se hielan y confunden entre las primeras olas del golfo de Gascuña. Al doblar el cabo de Finisterre hace crisis la existencia del adalid cántabro: bullen en su mente asombrosas ideas: se ofrecen á sus ojos magníficas ilusiones: pueblan sus sueños nunca vistas imágenes: en perpétuo éxtasis con su porvenir sepulta su pasado en el Leteo: todo lo tiene delante, detrás nada; la golondrina engalana ya los espacios con su flexible vuelo: toca ya la crisálida en el primer periodo de su transformación: ya se nos presenta el montañés con sus ribetes de Indiano.

A las Indias, como al reino de los cielos, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Todos los que dirigen su rumbo á tan encantados países van á romper lanzas como paladines de un torneo en que es reina la fortuna, dama voluble en sus gracias para los galanes á quienes concede sus favores, consecuenente en sus crueldades para los infelices á quienes miró una vez con faz esquiva y desdeñosa. En tanto que vaga la fragata por esas azarosas y movibles sendas que trazan los vientos en los mares; en tanto que divisa las pintorescas playas de Cuba, descifremos, sin hacinar geroglíficos, emblemas ni conjuros, el inmutable sino de los rapaces que van á bordo de ella, escrito, ántes que saliera del astillero, en el voluminoso libro de los hados. Oigamos las palabras, estudiemos el carácter, observemos las acciones del montañésillo del escapulario, diametralmente opues-

tas á las de un primo suyo que come en su mismo plato y duerme en su misma cama, así deduciremos de un modo infalible cuál se halla entre el número de los *escogidos*, y cuál solo en el de los *llamados*.

Mi campeon es alegre y vivaracho; se desliza de noche por la borda del buque á la mesa de guarnicion, donde elige á su estómago por confidente único de cierto hurto consumado en la despensa: solo para hacer alarde de su travesura trepa á todas horas por las jarcias hasta la cofa del trinquete, ó monta á caballo en el bauprés: entretiene con sus agudezas á los pasajeros de popa; traduce el Telémaco y las fábulas de Fedro: sabe de la historia que los moros vinieron á España despues que los romanos, y que D. Castor de Andechaga enarboló en su pueblo la bandera del mal aconsejado príncipe: es el niño mimado de la tripulación, y como se empeñe en ello hasta tendrá agua dulce para lavarse las manos: lleva recomendaciones para comerciantes, propietarios, tenientes gobernadores y aun para el Intendente de la Habana: no sufre ancas de nadie: si le dan un bofetón devuelve cinco, sin reparar en que mejilla: posee un mediano equipage: saltará en tierra con levita de cutí, sombrero de paja, chaleco de piqué, pantalon blanco, corbatín de gró, y borceguies. Su primo es el reverso de la medalla: siempre está sério y cabizbajo: come tan solo lo que le dan: sumiso á las mas leves insinuaciones del piloto no sale del recinto comprendido entre la proa y el palo mayor: busca un rinconcillo al sol ó á la sombra, segun cumple á su deseo, y se pasa allí las horas muertas: si le veis con un libro en la mano apostad la vida á que es el Bertoldo ó los Doce Pares de Francia: sábese á bordo que entona el romance de la Rosaura, y que cantó en la misa del Gallo de su pueblo los villancicos, pero no hay fuerzas humanas que alcancen á vencer su obstinado propósito de tener oculta su habilidad: á las palabras que le dirigen responde con rústicas sentencias: nadie le hace caso por adusto; si el contraamaestre le da un golpe se volverá con mansedumbre del otro lado para que acabe de saciar su furia: si sopla el viento de proa ó sobreviene una calma chicha, le tasan el agua hasta el extremo de dársela por el oido de un fusil; cuando desembarque lo verificará con el mismo traje que lleva á bordo, salvo que se mudará de camisa y estrenará un chaleco de percal pagizo y unos zapatos de becerro blanco con cintas verdes: lleva una carta de recomendacion para un soldado del Fijo, y cuenta ademas con la benévola de un tiosuyo, de quien sabe por toda noticia que vivia sano y bueno en Guanabacoa dos años ántes.

Ea, amabilísimos lectores, ¿cual de estos dos seres se os figura que respirará algun día el ámbar de la opulencia arrullado con la música que formen sus onzas de oro al caer en las arcas de su erario, y engraido con el crédito de que goce su firma en todos los mercados? Aun no es tiempo de que lo sepais.

Hasta que el buque echa el ancla en la bahía de la primera ciudad de Cuba puede decirse que los dos primos han seguido un curso paralelo, como dos arroyos que brotan de un mismo manantial y riegan una misma llanura: desde aquel punto se separan para no encontrarse jamás: fuerza es que los sigamos en sus opuestas y en sus revueltas sinuosidades.

El montañesillo jovial y bullicioso es de los primeros que saltan en tierra, acaso trascurran dos ó tres semanas ántes que lo verifique el del chaleco pagizo: un mes ántes de su llegada ha fallecido su tío en la última miseria: el soldado en quien cifraba su postrer consuelo se halla destacado en lo interior de la Isla, tales son los funestos informes que adquiere el infeliz, hostigando con sus preguntas á cuantos llegan á bordo: no se le alcanza medio de conseguir su licencia de desembarque: se resigna á los rigores de su estrella, y todo lo compone con no decir esta boca es

mia. Al fin el capitán de la fragata se condeue de tan triste abandono, y la vispera de tomar la vuelta de Europa le saca á tierra, y se lo encarga al dueño de una bodega, sita en la plaza de S. Francisco, con quien tiene suma franqueza. «Ahí te dejo ese chico, le dice, atiéndele hasta que se coloque.» Y al hallarse con tan inesperada acogida, da el pobre rapaz la primera muestra de no ser indiferente á cuanto le rodea: un solidificado lagrimon resbala lento y despacio por aquel rostro de estuco. Su primo está ya en otro rango, es dependiente en una tienda de ropas de la calle de la Muralla: se grangea el afecto de su amo por lo mucho que promete su viveza y desenfado: lee todas las mañanas el Diario y el Noticioso Lucero: se egerecita en la ciencia de vender, no permitiendo salga de allí ningun marchante sin aflojar la mosca é irse



El Indiano.

muy contento; cada semana se le permite una noche de holgura, y el montañesillo va á la retreta: cada mes va al teatro un domingo por la tarde: cada año gana por de pronto cien duros: aprende la partida doble, se perfecciona en el frances y se impone en los primeros rudimentos de la lengua inglesa. Un muchacho de tan brillantes disposiciones debe subir como la espuma, ó no hay justicia en el universo: tiene fe en sí mismo y se envanece al ver cómo le solicitan, ya el primer socio de un almacen de loza, ya un baratillero de la plaza vieja, ofreciéndole triple salario del que disfruta. ¿Como resistir á tan ligeras tentaciones? Tambien le sonsaca de su nueva colocacion con el cebo de mejorar de suerte el ferretero cuya tienda está dos puertas mas arriba. Así anda el montañés de Heródes á Pilátos dos, tres, cuatro años, ganando siempre en provecho y categoria, hasta que

logra pertenecer al escritorio de una casa de comercio, para llevar los libros ó la correspondencia. Hé aquí la época de su apogeo: en pos vienen el reloj y la cadena del metal mas fino de las minas del Perú, y el alfiler de brillantes, y la camisa de tela real, y el frac negro, y el abono al teatro, y las suscripciones á los bailes de *Sta. Cecilia* y la *Habanera*, y los primeros amores: se encuentra como el pez en el agua, y todos sus conatos se encaminan á equilibrar sus gastos con sus ingresos: su principal no tiene de él queja alguna y comerá el pan de su mesa hasta el día del juicio, si ambos viven y el montañés no se cansa de ello: ocupémonos de su primo y paisano.

Desde que el capitán del buque le deja en la bodega, hace propósito su dueño de formar lo para sí y de amoldarle á sus hábitos: en pocas palabras le traza cual ha de ser su método de vida; y en su consecuencia el muchacho abandona su catre una hora antes que salga el sol del cristalino alcázar de Anfítrite: en los primeros meses barre, friega y se ocupa en otros oficios de este jaez: luego que aprende, guisa cuanto comen el amo y sus otros dependientes: hasta los dos ó tres años no le dan sueldo ninguno: despues tampoco se le dan, se le señalan: cuando el bodeguero realice sus intereses dejará treinta ó cuarenta mil duros de capital, y la cantidad que sumen los salarios del montañés con el agregado de su industria y trabajo se reputan por un capital equivalente: otro sócio deposita en metálico la misma cantidad, y ya entra el cantor de la Rosaura á disfrutar en las ganancias una tercera parte. Por lo general nunca se realiza esto sino despues de haber pasado dos ó tres años bisiestos: en tan largo trascurso de dias, solo ha gozado nuestro mancebo tres ratos de solaz, y son un almuerzo que dió su amo en el torreón de la Chorrera en celebridad de haber sacado el premio grande: cinco ó seis partidas de tute que jugó una noche con un compañero suyo mientras estaban en vela por hallarse enfermo el dependiente principal; y ciertos festivos coloquios que tuvo á hurtadillas con una mulata. Además de los cotidianos afanes estuvo á la muerte de resultados de la fiebre amarilla, y por milagro se libró de las garras del tétano de la Isla de Cuba.

Ya tenemos en posicion á los dos primos: de ella han de desprenderse de un modo inmediato sus opuestos destinos: ambos sentirian cerrar el ojo sin pisar de nuevo los maravillosos paisajes donde corriera su infancia: quizá no esté lejos el dia en que vean colmada esa idea de ventura que con tanto esmero acarician en su mente.

El montañés de la bodega avanza que es un portento: trabajillo le costó descubrir el filon de su mina, mas llegó la época de explotarla, y á fe que lo hace con buen éxito, y no se da mala maña: todo le sale á pedir de boca: no hay empresa que no prospere si en ella figura como socio, ni especulacion que no le reditue siquiera un diez por ciento: tiene en la uña el vocabulario mercantil: sus papeles se reducen á pagarés y letras de cambio: sus libros á los de cuenta y razon, de cargo y data. Al que le pregunta cuándo piensa volver á Europa, le contesta: «¡Quién sabe!» En tan lacónico periodo hay mas significacion de la que pudiéramos darle comentándolo. Pero á fuerza de vogar sus asuntos viento en popa, se determina á soltar prenda. «Así que junte cincuenta mil duros, dice, voy á dar un abrazo á los abuelos.» Se hace el balance por Navidad, y como resulten á su favor cuarenta y nueve mil duros y pico, bregará otros dos meses á fin de completar la suma: entre los Indianos se cuentan real por real los pesos duros, como entre los militares se cuentan los años de servicio dia por dia. Ocurre con frecuencia dilatar el plazo de la vuelta á Europa y duplicar el capital apetecido; porque tambien se asemeja el Indiano

al cazador, que sin cimbel ni reclamo se situa á la márgen de un arroyo: le costará muchos sudores adquirir elementos tan indispensables para henchir sus jaulas de prisioneros, mas luego que los adquiriera caeran pájaros en sus redes como gotas de agua en los campos por la estacion de las lluvias. Todos los afanes, las fatigas, todas las contrariedades que afligen al Indiano, duran lo que tarda en poseer los primeros cien mil reales: vencido este inconveniente como la gracia de Dios se propagan las onzas de oro en sus bauls, y se declara entre ellos crónica tan salutifera epidemia. Así que cunde lo bastante al colmo de su anhelo, solo aguarda para hacerse á la vela á que pase el equinoccio de marzo.

Con trasladarse á la Habana y con disfrutar mil y quinientos duros cada año no ha hecho el otro montañés sino ensanchar el círculo de sus necesidades, á medida que se ha dilatado el de sus recursos: medio que conduce á no alcanzar medro alguno: todo lo que no sea trazarse dos circunferencias concéntricas y reducir la que represente los gastos cuanto mas se dilate la de los productos, es andarse por las ramas. Su principal arma es un buque para la costa de Africa, y á instancias suyas arriesga en la expedicion una de sus anualidades: hé aquí la primera y la última de sus especulaciones mercantiles: corre el mes de diciembre: si los vientos no le son constantemente contrarios en todo abril, dará el barco cima á su viaje. Si desembarca en las inmediaciones del Mariel ó del Batabanó trescientos ó cuatrocientos bozales, en lo cual nada habria de milagroso, realizará nuestro jóven su proyecto, refrigerará la sed de diez y siete años en las deliciosas aguas del Nervion. ¡Ah cuántos suicidios se han consumado por haberse destruido castillos fabricados en el aire! ¡Qué de huéspedes no han admitido en su seno las casas de Orates y del Nuncio, porque una maléfica ráfaga de desengaños vino á dar al traste con las mas arraigadas ilusiones! ¡Preserve Dios al mercader visioño de tamañas desventuras cuando llegue á sus oidos la fatal noticia que le trae un bergantin, señalado ya en las almenas del Morro, por los mismos dias en que, segun sus planes, debia hallarse dando tumbos en el golfo de las Yeguas! La corbeta expedicionaria cayó en las garras del Leopardo marino, y se declaró buena presa en el tribunal de Sierra Leona. Del mal el menos: el montañés ni se suicida, ni se vuelve loco: abúrrese algun tanto, y al fin decide á todo trance volver á la tierra: su principal le indemniza de la última pérdida, y entre unas cosas y otras reúne dos mil duros escasos, y algunas alhajas de su uso.

Ya se ha operado la metamorfosis: ni la madre que los parió conoceria á los antiguos montañeses aunque se encontrara con ellos de manos á boca: el dependiente de la casa de comercio viste con elegancia y se presenta en la calle con el porte de un usía: tambien el bodeguero gasta levita y corbata, y aunque no es afroso ni pulido se ha impregnado su figura en esa especie de barniz que destila la riqueza; maravillosa óptica por cuyo cristal parece mas sutil y delgado su cabello, menos toso su cutis, y no tan paralela su persona desde hombros á tobillos; ambos pueden caer de sorpresa en la casa paternal solicitando hospedaje al anochecer de un dia nebuloso, ó representando otra inocente farsa que pase á ser anécdota y folletín de un periódico. Aquel montañésillo alegre y bullicioso, que era el Benjamin de sus compañeros de viaje, desembarca en Santander á su regreso de América: trae unos pañuelos de batista para sus hermanas, un cajon de tabacos para su padre, una rueda de cajetillas para el maestro de escuela, y dos cajas de dulce de guayaba para el ama del cura de su pueblo: cumple con todos y todos le agasajan: no llora lástimas á que no ha de proporcionar alivio quien las escuche; y así están sus compatriotas en la creencia de que viene po-

derosísimo de las Indias: le hacen padrino de todas las bodas, y le llevan en palmas á todas las romerías. No le disgustan aquellas distinciones: si permaneciera allí le nombrarían de seguro alcalde ó comandante de la milicia, y no deja de alhagarle lo del uniforme: pero su bolsa vá quedándose sin sustancia, y por lo mismo que le aguijea el orgullo, ántes sería mártir que confesor. Se halla en el caso de tomar una resolución decisiva, porque el asunto urge, y la que adopta como menos mala es dar otra vez con sus huesos en la isla de Cuba, despues de vivir tres meses entre los suyos. Vuelve de nuevo á su escritorio, y acaba por dar lecciones de gramática y geografía á los hijos de un excelencia.

Aquel otro montañés sério y cabizbajo, á quien todos detestaban por adusto, regresa al país por Nev Yorck, Liverpool, y las capitales de Inglaterra y Francia: habla pestes de los extranjeros porque no comprenden el español, único idioma que posee, y porque para alternar con ellos en la mesa á bordo del *Greatwestern* tenia que ponerse de punta en blanco: celebra su regreso á Europa calzando guantes á sus manos por la primera vez: nada le preguntéis de la Gran-Bretaña, pues solo se detuvo en Londres el tiempo necesario para hacerse un traje completo y para ver que hora era: de Paris os informará mejor; ha asistido una noche á la Academia real de música, ha visto por fuera el cuartel de Inválidos, y compró en cierta estamperia una caricatura de Luis Felipe. Procura entrar en su aldea á la sordina: no es portador de ningún regalo: solo trae dinero: nadie sabe á cuánto asciende su fortuna: segun su dictámen en tan graves materias lo que está por decir es la mejor palabra: se lamenta de los tiempos; propiedad de todos los que tienen, llorar para que no les pidan: señala á sus padres una buena mensualidad: edifica una casa de tres pisos mas suntuosa que todas cuantas construyeron sus predecesores en aquellos contornos. ¡Una casa de tres pisos! Pirámide elocuente que atestigüa su victoria, espléndido trofeo de su insigne campaña; gigantesca columna en cuyo pedestal se esculpirá su nombre con letras de oro puro; pirámide, trofeo y columna que servirán de cebo padre por hijo á cuantos montañeses nazcan y se sucedan en el curso de los años, mientras los años no corroan sus cimientos y aplanen su techumbre.

Ni obsequios, ni agasajos le hacen olvidar al recién venido que no es solo en el mundo, y que donde él viva ha de vivir su metálico: y acto continuo se le vienen á la memoria las contribuciones extraordinarias y los préstamos forzosos: de aquí las cavilaciones y los insomnios y los cálculos ambiguos. Es español rancio, y si en su país no anduviera todo manga por hombro, como él dice, se estableciera en Santander ó en la Coruña, botaría buques á la mar, y le nombrarían diputado á Cortes ó senador del reino en las primeras elecciones. Tampoco le desagradaría vivir en España sin traer á ella sus capitales; mas como los refranes castellanos son la norma de su conducta, se le ocurre al punto aquel de «Hacienda tu amo te vea» y decide volver á la Habana, no sin dar ántes un vistazo por Madrid, donde permanece quince días: en ellos conoce á Isabel II, vé la historia natural, pasea una vez en el prado, vá á los toros, asiste á la representación del *Pelo de la Dehesa*, y frecuenta los ministerios. Merced á estas visitas y á algunos centenares de peluconas, obtiene grado de capitán, ó título de marqués, ó la gran cruz de Isabel la Católica, ó las tres cosas juntas; todo estriba en su desprendimiento. ¡Cómo lo vá á lucir por semana santa en la plaza de armas, en las procesiones y en las iglesias! Esta vez se embarca en la ciudad de Alcides, y al cabo de un mes pisa de nuevo su tierra de promision. Lejos de experimentar quebranto alguno han crecido sus fondos: se casa

con una criolla rica de fortuna y de belleza: administra sus cafetales, beneficia un ingenio en la *vuelta de arriba*, y engrandece su comercio. En seis años le dá su linda pareja seis robustas criaturas: ellas crecerán y darán buena cuenta del fruto de tantos afanes y tan repetidos sinsabores luego que papá cierre el ojo. Mas no le hagais semejante observacion, porque os dejará frios contestándoos: «Por mucho que ellos disfruten con despiárrarlo, no gozarán tanto como yo guardándolo en mis arcones.»

En España no hay pueblo alguno que no surta de habitantes á Querétaro y Caracas, á Montevideo y Arequipa. Como ya no se aparece la madre de Dios á los pastores, ni se tañen solas las campanas cuando entran los arzobispos en las aldeas, mucho es si de cada ciento vuelve uno á su país satisfecho de haber hallado lo que le indujo á atravesar el charco: basta ese número para que no se resfrie el entusiasmo de sus compatriotas, y para que á un dos por tres imiten su ejemplo. Contadísimos son los que se trasladan con sus fortunas al suelo natal; de como lo hacian ántes son testigos esos edificios que en todos los pueblos de alguna importancia se conocen con el distintivo de *casa del indiano*: á pocas leguas de la corte y en la lóbrega villa de Tembleque, descuella entre su humilde caserío una suntuosa morada con sus honores de palacio, en prueba de que todo el que trae de las Indias buena porcion de barras de oro dedica un espléndido recuerdo al rincón donde tuvo su cuna. Tan populares se hacen estos sucesos que para enteraros de sus mas triviales pormenores no necesitáis sino dirigiros á la mas concienzuda santurrona ó á la mas liviana posadera, al primer labrador de aquellos contornos, ó al último mozo de mulas: segun la persona que elijais oireis la historia apetecida en son de jácara ó conseja, de tradicion ó de romance.

«De luengas tierras luengas mentiras», por eso algunos individuos, enriquecidos en América, vienen al país creyendo que España voga en un océano de venturas: salen de su error á los pocos minutos de pisar las fértiles playas de Andalucía ó la amena costa de Cataluña, y resueltos á no pasar segunda vez el golfo de las Damas, se establecen en Burdeos, donde si no se avienen del todo con el refinamiento de la sociedad francesa, figuran entre lo mas florido, merced á la preponderancia que ejercen sus caudales.

Costumbre es llamar *Indiano* á todo peninsular que regresa de América. Si se lo llamais á alguno y se sonrie es porque, no lo dúdeis, al oír como le nombrásteis *Indiano*, dice en sus adentros «sin calzones»; pero si su faz permanece inmóvil y su lengua muda, le regalais el oído y teneis delante al verdadero *Indiano*, esto es, al que sale pobre de su aldea y vuelve opulento.

Por último, agradecido al lector, cuya condescendencia le haya inclinado á seguirme hasta este punto, es mi voluntad que si no le agradare el epígrafe de mi artículo, aunque es tan propio como ámplio y significativo, le sustituya con otro mas sonoro y denomine al tipo que dejó bosquejado *el Montañés de las Indias*.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL ESCRIBIENTE MEMORIALISTA.

No es mi intencion, benévolo lector, trazar aquí un cuadro completo de la existencia del Escribiente Memorialista: se necesitarian mas páginas que tiene un Calepino, solo para trazar el cuadro exterior de la existencia aparente, el panorama material del pobre y desdeñado Memorialista; porque si hubiese de penetrar en el caos de esa vida agitada, si hubiese de reducir á palabras todo lo que encierra su alma de

dolores, de abatimiento, de proyectos y esperanzas, todo el papel de Burgos y Candelario, no bastaría á contener mis reflexiones; toda tu paciencia sería poca para sufrirme. Así, pues, pasaremos rápidamente por ambas faces, desterraremos el insoportable análisis, y como la abeja volaremos de una en otra flor salvo que no libamos miel ni cosa parecida, porque, caro lector, en la vida del Memorialista, apenas hay otra cosa que acibar y cicuta, amargura y dolor.

Vedle, escondido á medias, detras de su biombo, sudando tinta, derramando el genio á borbotones, poniendo continuamente en prensa una inteligencia no vulgar, y todo á tan módico precio, que apenas basta á satisfacer la menor de sus necesidades. Vedle otras veces cruzar las calles de la corte, ligero como una ardilla, activo como el mas activo corredor de la Bolsa. A veces parece una sombra, una pesadilla: por todas partes se le encuentra, siempre incansable, siempre impulsado como una máquina de vapor cuyo motor es el hambre. Verdadero judío errante, apenas el cansancio le detiene algunos momentos, cuando la voz de la necesidad, le grita: «¡Anda! ¡Anda!» y el Memorialista con un sacudimiento que puede llamarse galvánico, se despoja de su flaqueza mortal y vuelve á cobrar vigor para emprender su camino.

¿Y que necesidad tiene el escribiente, cuya vida parece que debia ser poltrona y sedentaria, de tanta actividad, de tan incansables incursiones, fuera del techo de su vivienda?

Esta es acaso la primera reflexion que se te ocurra, ¡ó inconsiderado lector! ¡ó lector de alma marmórea y berroqueña! ¿piensas tú que el Escribiente Memorialista, escribe las mas veces memoriales ni otra cosa ninguna?

¿Piensas tú que todos los que esta profesion ejercen, saben escribir? Si esto consideráras, conocerias todas las amarguras que el Memorialista sufre, todo el talento que emplea, y el inmenso tesoro de ingenio y de memoria que á veces malgasta, para vivir siempre pobre, para arrastrarse en la abyeccion de la servidumbre y acabar su peregrinacion en el hospital general ó el rincon estrecho de alguna portería. Por mi parte, te lo digo con verdad, creo que el ser mas desdichado de la tierra, el mas combatido por la fortuna entre todos los otros seres, es el Memorialista.

¿Y en que se ocupa el Memorialista? ¿por que se le llama así? ¿En que se ocupa? ¿por que se le llama así?—Se ocupa en todo, y se llama así, porque no hay una palabra que pueda significar una profesion tan universal y heterogénea. Podia llamarse *omnibus*, pero por una parte, el Memorialista no es pedante ni sabe latin, y por otra ya está profanada la palabra por asquerosas tartanas é inmundos carro-matos. Otros mil sustantivos podrías encontrar sin duda; pero aun cuando hallases al fin, que no lo creo, la calificacion exacta de este ente universal, reducida á un vocablo, el memorialista no adoptaría la innovacion, porque es enemigo de novedades, y el nombre que lleva, heredado de sus antecesores, es para él mas sagrado, mas noble y respetable, que para un hidalgo de provincia los signos heráldicos de su escudo de armas.

El Memorialista vende cosméticos que vuelven en blanco ó rojo el pelo negro, que quitan el cutis de las manchas y producen otros milagros tan sorprendentes ó mas que los dichos.

Proporciona criados *de ambos sexos*. (No seamos rigoristas: quiere decir de uno ú otro sexo.)

Dá razon de casas de huéspedes, donde por seis reales diarios satisfacen todas las exigencias.

Tiene amas de cria. (No para él: para el que las pida.)

Ajusta cuentas *en toda clase de idiomas*.

Enseña á hacer agua de colonia, betun, cerillas de fósforo y otras ciencias.

Tiene amos que colocar.

Hace toda clase de negocios: es corredor universal.

Por último, (y este es el Memorialista privilegiado, el aristócrata, el doctor *in utroque* de la profesion,) escribe cartas y memoriales, da el sér á los villancicos de noche buena, y á los estrechos para damas y galanes, y si no le confían el juicio del año para el calendario, cúlpese á la oscuridad que le rodea, y que no deja descubrir al genio sumido en el rincon en que se oculta, pero del que mal su grado, ha de salir hoy á donde le vean el sol y el mundo.

Así verás, lector, que hago bien en clasificar el Memorialista en dos distintas órdenes.

1.º El Memorialista que sabe escribir.

2.º El Memorialista que no sabe escribir, ni leer.

El primero es desde luego hombre pachon y bien hallado, avaro, sedentario tal como tú le concibes: es por último, el memorialista vulgar, sin poesía, todo carne y positivismo. Y sin embargo, si en su cabeza, cupiese una idea de lo bello, si un solo rayo de ilusion cupiese en aquel cerebro macizo y apelmazado, ¿que felicidad envidiaría? ¿que existencia correría mas venturosa y risueña en la populosa corte, aun de escaleras abajo, que es donde se anida la felicidad si es que hay alguna?

Considérate tú, lector, en tu cómoda banqueta, mirando tras de tus vidrios y esperando á la fortuna; (es decir, al parroquiano,) figúrate que ves abrirse la portezuela de tu jaula, y que entra una sonrosada muchacha de ojos vivarachos, modestamente vestida con su limpio traje de percal, arrebujada en su negra mantilla, y sustentando en el siniestro brazo la cesta de la compra. Ya te parece que la ves acercarse á tí....

Detente, lector mio, y no arranques al Memorialista la poca ventura que goza. Tú no serias, además, tan reservado y prudente como él: tú no sabrias guardar en tu corazon todo el tesoro de preciosos secretos, de dulces palabras, de amantes propósitos, de frases apasionadas, que se escapan involuntariamente de aquellos dulces lábios, con la sonora entonacion de las Maravillas y el Rastro. Tú te sonreirias malignamente, tú la echarias á hurtadillas alguna mirada poco casta, que revelaria al instinto de la muchacha que tú no ejercias de mucho tiempo la profesion de Memorialista de ese intérprete de sus amores en quien está acostumbrada á mirar un ente bruto, una máquina inanimada, que no ve sino para escribir, que no oye sino para transmitir sus palabras al papel, como si estas palabras corriesen á manera de un fluido electrico desde su oido hasta su pluma, sin dejar el menor rastro de sí. Verias entónces cómo retrocedia asombrada, como las palabras se perdian entre sus lábios, como no articulaba mas que frases vagas é incoherentes, sin vida, sin calor.

Retrocede pues, y no turbes al Memorialista en su blando somnambulismo, y á la pobre muchacha en las ilusiones de su ausente amor.

Pasemos ahora al memorialista, que no sabe escribir, al memorialista activo, emprendedor. Este es el que mas trabaja y el que hace ménos fortuna, cosa que no te sorprenderá si consideras que en esta tierra de desalmados, lo mismo nos sucede á todos, desde el patan hasta el covachuelista, desde el zapatero de viejo hasta el ministro de Hacienda. Nuestro desdichado *escribiente*, necesita vegetar sin escribir; enganar consultileza al que le encarga un memorial, una carta, un comunicado para un periódico, la copia tal vez de algun drama ó novela original. Discúlpase con algun que hacer importante, oye que le llaman, se mueve convulsivamente sobre su banco, como hombre á quien agujan urgentes negocios, se da en fin la importancia de un secretario del despacho, y atrapando ya en borrador, ya en la memoria la carta, memorial, etc., corre como un relámpago á subarren-

dar el escrito: quédale por consiguiente tan módica ganancia, que es ventura para el asendereado corredor, que no se haya inventado moneda menor que la calderilla.

Le encargas algun criado, nodriza, cochero, mozo para cuidar caballos, etc. No habrá pasado media hora, y tu casa se verá inundada de todos los vagos que en Madrid hurtan pañuelos, de todas las pasiegas de los portales de Santa Cruz, de todo cuanto necesites, en fin. Y cuando consideres que el Memorialista ha corrido en este tiempo los 50 barrios intramuros de Madrid, te reirás, como yo lo hago, de todas esas peligrosas invenciones de los caminos de hierro que tú no has visto ni verás en España. Bien puedes apostar por él contra el mejor caballo del lord Sidney, porque yo tengo para mí que el mas aéreo y ligero de cuantos posee el opulento aristócrata inglés, ha de tener huesos y pellejo como el de Gonela, y el Memorialista todo es momia y cartilagos. Tal le ha parado su pasmosa actividad, tal vive siempre famélico y vacío, que si obedece á las leyes de la gravedad, puede agradecerlo al supremo Autor que sujetó á la tierra con una cadena invisible, al aire como al Memorialista. Y solo así podia tener esa envidiable celebridad, con él es pesada la ardilla y perezoso el gavilán. Si tuviera el olfato del perdiguero, grande seria su fortuna: pero, ¿quien posee juntas tantas perfecciones? ¿á quien no le falta algo para hacer completa su felicidad?

Pero si el Memorialista que no escribe, está flaco y digámoslo así, evaporado, goza en cambio de una salud á prueba, resiste al frío, al calor, al viento, al agua. Es preciso conceder que el ejercicio es un gran elemento de higiene; es fuerza confesar que la dieta es un gran preservativo, y que no en vano la recomiendan los *Brusistas*. ¡Ahí teneis la prueba, incrédulos! el famélico y activo corredor, desafía á Codorniu y á Delgrás: nunca ha entrado en botica; jamás ha querido imponer leyes á la naturaleza. Ella que le ha curtido, escudándole así contra todos los sistemas conocidos de la medicina, ella tendrá cuidado de llamarle á su hora, sin ruido y sin violencia. Esta es una de las pocas venturas que el pobre Memorialista disfruta.

Y ya que hablamos de sus venturas, no las dejemos pasar por alto, pues que de sus desdichas hemos hablado. El Domingo, día de descanso para todos los que trabajan, (los que no trabajan, no descansan nunca) el Domingo como digo, es el día de sus mayores felicidades, porque está consagrado al reposo del alma, á las ilusiones risueñas, á la vanidad de que no esta exento el mas humilde de los mortales. La mañana está destinada á las obligaciones religiosas: ayuda misas ó acompaña al viático.

Por la tarde va á Chamberi, ó á la Virgen del Puerto, se pasea gravemente por entre la *canalla*, saluda á las criadas que le deben su colocacion, permite que le den tratamiento, y envuelto en su ancha levita y blandiendo su nudoso baston de encina, olvida por un momento su miseria pavoneándose con ridicula gravedad.

Pero el memorialista debe al fin envejecer, como envejece todo, como el mundo mismo, como la naturaleza misma. Considera su desesperacion, ¡oh lector mio! el ave encerrada en su estrecha jaula, ansiosa de aire y de espacio no sufre lo que el sufre, ligado por la edad; cogido en el lazo inflexible de la vejez. Entónces empieza el reposo de su cuerpo: su destino regular es la portería. ¡La portería! ¡lo que él considera como su degradacion y afrenta!

¡Pobre memorialista! ¡antes tan activo, libre como el aire, ligero como el águila; ahora encerrado en una angosta celda! ¡antes tan bullicioso y decididor! ¡ahora tan meditabundo y silencioso! ¡Adios, esperanzas proyectos, ilusiones! ya habeis muerto para el viejo me-

morialista, que ya no aguarda sino el momento de que le saquen de aquella tumba para encerrarle en otra aun mas estrecha.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL AMA DEL CURA.

Incedo per ignem.
Camino sobre ascuas.

HALLÁBAME asaz embebido en pintar esa singular mujer que nosotros los españoles llamamos figuradamente el ama del cura, calificacion que por si sola supe por un difuso comentario, cuando de improviso fui sorprendido por una voz que me gritaba: «¡que te quemas! ¡que te quemas! No yo, sino ella» contesté con viveza sin haber reflexionado todo el valor de esta expresion, sin duda porque las delicadas facciones y las gracias del tipo que habia empezado á trazar escitaron en mi mente ideas demasiado terrenales. Luego, repuesto de la primera sorpresa, y viendo á mi lado un antiguo y apreciable amigo, que era el que me bablaba, retiré pausadamente el guardamano, solté la paleta y los pinceles, y acomodándome bien en la silla le dije:

«En verdad, amigo, que no dejas de tener razon, conozco que he tomado á mi cargo una empresa erizada de punzantes espinas, y rodeada de escollos, pudiendo decir que navego entre Scyla y Caribdis. Ese retrato que aun está en bosquejo, y al que me prometo dar toda la exactitud en las formas, con la mayor perfeccion de coloridos, es el de una española que se diferencia de todas las de su sexo por mas de una circunstancia curiosa é importante de su vida. Ha de representar á la compañera del director de la conciencia de los demas hombres, y no así como quiera compañera, sino compañera inseparable, depositaria de todos sus secretos que le consuela en sus aflicciones y le alienta en sus trabajos pastorales. De aquí nace el papel que ella hace en la sociedad, y de aquí tambien procede que en todos tiempos ha ofrecido un problema de difícil resolucion, escitando la envidia de muchas mujeres por mas de un motivo.

«Si se atiende á que el ama del cura suele ser por lo regular jóven y bonita, ó por lo menos rolliza y no mal encarada; porque esos benditos señores con muy leves escepciones, han dado siempre en la terquedad de tomar amas que llegan á los veinte y nunca pasan de los treinta abries, faltando á lo que se les preceptúa en repetidos cánones eclesiásticos, se descubre un *fomes peccati* que eternamente ha sido piedra de escándalo para la generalidad, digo la generalidad para que no te imagines hablo de lo que llaman vulgo, porque mira las cosas solo por lo corteza, ni creas han pensado esclusivamente de esa matrona con mezquindad ó malicia los que se reúnen á matar el tiempo en el café ó en la taberna. Papas y concilios, reyes y legisladores, escritores de moral religiosa, y por complemento muchos poetas, todos, todos se han esforzado en censurar esta costumbre, naciendo contra ella un argumento poderoso del conjunto de estas autoridades:

»De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja
Para que su ajuar gobierne
¿Que se infiere?

Así se espresaba Iglesias y en verdad que siendo clérigo muy bien podia decir aquello de que *quien las sabe las tañe*. Pero en honor de la justicia me decido á no dar á esta pregunta el valor de un raptó poético, de una inspiracion del dios del Pindo, teniéndola mas bien por una sugestion diabólica de su *ánima apicada*, que le dió esa libertad en el decir, segun el mismo confiesa; libertad que degenera en ligereza, y le

hace faltar á la veracidad, con olvido de uno de los mejores preceptos de Horacio, pues, si hemos de mirar este asunto con imparcialidad, de que los curas y los clérigos tengan mujeres mozas á su lado, solo puede inferirse, que como es natural prefieren la edad lozana á aquella en que decaen las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y por consiguiente para darles en esto razon no precisa meterse en mayores honduras. Así es que se cuenta de un cura que en lugar de un ama de mas de cuarenta tenia dos de mas de veinte y un años cada una, y habiendo sido reconvenido por su superior sobre este particular, le contestó con agudeza: «señor ilustrísimo, en nada he faltado al concilio porque tengo la obra en dos tomos.»

«Pero no es ese el punto de la dificultad, sino que al paso que tanto se ha escrito sobre las amas de los clérigos, como puedes ver si te place en ese gran monton de libros que estan sobre la mesa y he registrado con detencion, hay tambien algunos esclusivamente dedicados á hacer su panegírico sin distincion de mozas ó solteras, no faltando quien las compare con la mujer fuerte del Evangelio, haciendo una larga enumeracion de los servicios que han prestado á la iglesia.

«En medio de este choque de opiniones, solo la filosofía y la propia esperiencia pueden servir de brújula para seguir un seguro derrotero, por lo que me veo precisado á separarme de todas esas autoridades, y tomar el rumbo natural por donde me guia la mas constante y larga observacion, sobre todo cuando ninguno de esos escritores ha tomado en consideracion las diferencias de tiempos, de circunstancias y opiniones que tanto influyen en los hábitos, usos y costumbres de los hombres.

«En paz sea dicho de los encomiadores de las amas de los curas, que tanto nos recuerdan los consejos de san Pablo y las costumbres de los primeros siglos de la cristiandad, lo mismo que de sus exagerados destructores; esa mujer no es lo que los unos sostienen ni lo que los otros discurren; es y será siempre una persona misteriosa é indefinible en su posicion social. No es viuda, casada ni soltera, aunque de todo tiene un poquito; es un ser semi-espiritualizado, que por prevision primero, despues por hábito, y siempre por el mas refinado egoismo, se convierte en un riguroso trasunto de las ideas, genio y carácter del hombre que lo es todo para ella, y cuyo corazon quiere conquistar, como prenda hipotecaria de su bienestar presente y futuro. Por eso se la vé en toda la escala clerical, desde el canónigo ó el opulento patrimonista hasta el cura de aldea ó el alquitivi, imitando minuciosamente al que se ha dignado tomarla bajo su proteccion, y le trasmite la influencia que disfruta: sigámosla observando en esta escala, que es método analítico y nos ha de suministrar algunos medios de conocerla.

«La primera dificultad que se me presentó cuando empecé á trazar esa figura, fue relativa al trage con que la adornára. Pasaron ya aquellos tiempos en que las amas de los clérigos españoles llamaban por su lujo la atencion del legislador, como lo demuestran varias leyes suntuarias insertas en nuestros códigos, y aunque en muchos pueblos de escaso y pobre vecindario suelen tener reservado en la iglesia, donde debiera desaparecer toda distincion, un lugar preferente, es lo cierto que ni llevan cojines, alfombras, ni cosa que lo valga, ni pueden gastar profusion en el vestir, pues como hoy el abad solo de lo que canta yanta, es decir, que viviendo el cura del pié de altar, consiste lo restante de su renta en esperanzas para cuando el pueblo se encuentre mas adinerado, ó el tesoro haya salido de sus apuros y como las rentas del patrimonista ó nuevo capellan han disminuido en proporcion del valor de los frutos de las fincas, es lo cierto que sus amas no pueden extenderse como quisieran, y tienen que moderar sus gastos, de lo que se lamentan sin

cesar, maldiciendo la revolucion y á los reformadores.

«¡Malditos de Dios esos judíos fracmasones que han destruido la religion!» decia el ama de un canónigo que habia ido con este á visitar una compañera. «¿Como querrá vd. creer, doña Josefa, que mi casa está toda desarreglada y desprovista desde que empezaron estas revueltas? A don Tadeo parece que le han echado encima cien años, me figuro que se le ha de ir el juicio.

—Y con sobrada razon: «contestó doña Cándida; lo mismo sucede al mio, porque ¿quien puede mirar con paciencia el estado precario á que nos hallamos reducidos todos los que dependemos de la iglesia? Yo no he podido salir estas pascuas porque todos mis vestidos necesitan compostura; unos por tener la manga antigua y otros el talle muy alto ó muy bajo, y no me he atrevido á llamar la modista por no tener para pagarla.»

«Estas quejas son sin embargo algo exageradas, pues las amas de los clérigos, aun los de aldea, se distinguen todavia por la riqueza del trage. En las ciudades se las vé vestir con la mayor elegancia y gusto esquisito, aunque siempre sin entrar en la última moda por no confundirse con las profanas. En los pueblos de alguna extension gastan mejor apostura que la mujer del juez de primera instancia, si es que este puede mantener á una mujer, lo que ahora anda muy dudoso, ó la del alcalde constitucional, y esto ya sube de punto, por serlo regularmente el propietario mas rico de la poblacion, y disfrutar mayor consideracion que el pobre sacerdote de Themis. En los pueblos pequeños y en las aldeas presentan mas lisura, pero siempre el ama se diferencia de sus convecinas por el aseo, primor y finura de la tela de sus ropas, ofreciendo en todas las localidades por resultado la singularidad.

«Causas muy poderosas han influido ciertamente en esta ostentacion lujosa de las amas: unas traen su origen de las combinaciones de su propio interés, y otras es menester buscarlas en el modo de discurrir del clérigo. Piensa el ama, y piensa con fundamento, que el trage comun la confundiria con una simple criada, siendo llano y humilde, que el desaliño no es decente en la del estado honesto; y que el luto de la viuda infunde tristeza. Por eso, tomando el consejo de San Agustin, procura adornarse como la casada, para llamar la atencion de aquel mortal de quien depende su ventura, pero siempre acomodando sus trages á su estado ambiguo y misterioso. El clérigo por su parte, prescindiendo de la natural inclinacion del hombre á ver engalanado el objeto de su aprecio, y de la satisfaccion que produce la presencia de la hermosura con sus legítimos adornos tiene tambien otros motivos muy graves para desearlo así. ¡Que se diria de él si los que viven á su lado no diesen á conocer por su aliño que sabe darles el lugar que á cada uno corresponde, teniendo metotizada y bien morigerada su familia, cuando es el que por obligacion ha de dar ejemplo á los demas! Así mira por el prisma de su disfrazado amor propio el lujo del ama como una cosa consiguiente indispensable, como una muestra de prudencia y prevision. ¡Triste humanidad, siempre débil y estraviada!

«En resumen, el ama del cura mientras no llega á una edad proveya, en que pueda considerarse como jubilada, solo se diferencia de las demas mujeres por el trage, no en sus formas y prendido, sino por su mayor elegancia y riqueza. Cuando para ella ha pasado el tiempo de las ilusiones, cuando raya en los cincuenta años, entónces, entran los repulgos, los remilgos y los escrupulillos, que tambien se apoderan del buen sacerdote octogenario. Ya gasta por fin saya y manto, ó mantilla lisa, ó á lo mas con una blondita angosta, segun el uso de cada pueblo ó provincia; lleva su alfiler en el pañuelo del cuello, colocado alla

junto á la barba; sus zapatos son de cordoban ó becerillo, y en cuanto á las pocas canas que le han quedado, las recoge con un cordón negro lo mejor que Dios la da á entender. Nada de pendientes ó arracadas pues no lo permite la enjuta y mortificada oreja, y si en los dedos, que empiezan á padecer igual consunción, conserva algún anillo, es de cuatro metales para preservarse de un ataque epiléptico, ó el que le regaló su cura allá en cierta ocasión solemne, y ella piensa dejar en herencia á un sobrinito de aquel en prueba del maternal afecto que le conserva, por haberle criado, así como está en dejarle el remanente de sus ahorros después de descargada su conciencia, acerca de cuya arreglada disposición testamentaria ha hecho más de una consulta al anciano casuista.

«Pero basta de trapos, moños y perifollos, que aunque tratándose de mujeres tienen siempre su importancia, no es este el punto de vista por donde conviene examinar á nuestra heroína y lo que ha dado pie á nuestra conversacion.... Llegando aquí me interrumpió el amigo y dijo: «Ya se á donde vas á parar. El ama del cura de cualquier modo que se vista, hará siempre rancho aparte de todas las demás mujeres por sus maneras, sus hábitos y su modo de pensar.»

«Lo hará, amigo, y lo hace en efecto: esto es muy sencillo, y no necesita comprobarse con la autoridad de Séneca ni de ningún otro filósofo. Basta la luz natural para conocerlo. Este es uno de los muchos casos comprobantes de los sabidos refranes (con perdón del buen Sancho sea dicho): «no con quien naces sino con quien paces» «dime con quien andas decirte hé quien eres» «quien con lobos anda á ahullar se enseña.» ¿Como ha de pensar y obrar una mujer que continuamente pasa sus días bebiendo los hábitos de un hombre superior á ella en todos conceptos, ya se atiende á la mayor firmeza de su sexo, ya á la edad, ya á la educación ó instrucción, ya, en fin porque es su protector su amigo y su consejero? Ella tiene su dormitorio inmediato al del Padre por si se ofrece algo á media noche, hallarse pronta á prestarle todo el servicio que le ha prometido y es de su deber. Por la mañana suele levantarse primero para tener todas las cosas dispuestas y arreglada la casa en lo que se manifiesta muy solícita. En seguida, si este va á la iglesia, ó le acompaña ó entra á ella pocos minutos después, ó le precede para enterarse del sacristán de si hace falta alguna cosa en el recado de decir misa. De vuelta al hogar se desayunan juntos, y los días que el uno nada tiene urgente que le obligue á volver á la calle, toma parte en los quehaceres domésticos, ya cuidando los pájaros, y otros animalillos, ya regando las flores, ó cultivando las berzas del corral.

«En todas estas faenas ó entretenimientos le acompaña el ama con su acostumbrada complacencia, y llegada la hora del medio día comen juntos, duermen ambos la siesta, repitiéndose la noche la misma escena, de suerte que el ama del cura puede decir como Xira en la tragedia de Voltaire: «á Orosman solamente oigo y veo; de su bondad recibo honras continuas que me esclavizan más y más.» viene pues el ama á reducirse á un eco del clérigo; piensa como él, siente lo que él, y obra como él, salvo las diferencias del sexo. Por eso nunca entra en franca sociedad con otras mujeres, á las que se cree superior hallando siempre en ellas motivos de censura. No se acompaña con las mocitas porque no saben hablar como buenas casquivanas, de otra cosa que de novios y las tiene por atolondradas é insustanciales, esto cuando no las califique de lividinosas ó desenvueltas, que es lo más frecuente. Si por casualidad concurre alguna vez donde hay casadas, y alguna se lamenta de la mala conducta ó del genio áspero del marido, y otra de lo mucho que los chiquillos le dan que hacer, al instante dice:

«¡ Gracias á Dios que no tengo que pasar por todas esas penalidades! Si tuviese que sufrir, que contem-

plar á un hombre tan osco, tan ingrato, me moría á los cuatro días: por eso no me he casado, y cuenta que no me han faltado proporciones. He tenido la suerte de que el padre es una malva, un almívar, un bendito, un santo, y además un pozo de ciencia. ¡ Que órden, que reposo, que paz reina en mi casa! No hay más voluntad que la mía, que siempre es la de él, pues mis complacencias se cifran en obedecerle, así como él en darme gusto en todo. ¡ Cuánto pierden los que pierden la tranquilidad del espíritu! Pues ¿y la educación de los hijos? ¡ que cargos, que cargos en la presencia de Dios! ¡ Cuántas gracias debo dar á este Señor que me ha librado de tan gran responsabilidad!»

«Si llama á la puerta de su casa una pobre viuda cargada de hijos, que viene acongojada á implorar la caridad de su párroco, ó para que la socorra con alguna limosna que ha sabido se reparte á las de su estado por conducto del mismo, ó para que la consuele ó la alumbre algún arbitrio que la pueda sacar de su indigencia, el ama, informada de su cuita, vuelve á su acostumbrada cantinela. «Cuánto mejor no le habría estado á Vd. no casarse, pues no se vería sola, jóven todavía y cargada de hijos? Vea Vd. por que yo no me atrevido á abrazar un estado que trae en pos de sí tan fatales consecuencias.» Por últimos el ama del clérigo es enteramente opuesta á los casamientos, porque con este austero y místico lenguaje procura disimular su posición equívoca, y llenar el vacío que esta deja en su conversacion con las que por las diversas relaciones de sus respectivos estados solo hablan de lo que más les punza, y en cuyos detalles ni puede ni quiere tomar parte, naciendo de aquí y de la envidia que las casadas escitan en las solteras que se han quedado para vestir imágenes, como suele decirse, el general desvío que entre todas ellas se observa.

«No por esto se crea que el Ama del Cura se muestra siempre mezquina y poco compasiva. Nunca incurre en semejante torpeza, tan contraria á su propio interés: este se disfraza con el manto de la caridad, cuando es oportuno ó indispensable, si hemos de creer al sentencioso La Rochefoucault. ¿ Que se diría del Cura y de su Ama si esta no diese limosna, si no socorriese al pobre y al necesitado? Ningun mendigo que llega á su puerta se retirará con las manos vacías, especialmente á la hora de medio día, y en los pueblos pequeños, en que está su casa junto á la parroquia, á la hora de misa mayor. Suelen ser madriñas de bautismo ó confirmación de los hijos de los pobres, distribuyen el hilado de su lino y lana entre las más necesitadas, y se encargan de referir al cura los ayes del bracero enfermo que no puede trabajar. Son pues el dechado de las vecinas, el modelo de la caridad cristiana. También suelen tomar á su cargo el cuidado y aseo de algún altar, y cuando pasan de la edad florida dan á todos buenos consejos, cuentan mil ejemplos, milagros y casos prácticos de conciencia; traen siempre un púlpito en las manos, hablando de los apóstoles y el Evangelio, y repitiendo lo que les ha ido enseñando el cura en el largo discurso de su vida. Esto se entiende cuando el buen señor ha sido lo que debe ser un cura, pues tratándose del que olvida su ministerio pastoral, dice misa temprano el día que la dice, y se marcha de cacería con el hijo del secretario y el del regidor primero, que son dos buenos neños; del que pasa el día entero en el ayuntamiento, disputando con el alcalde y el síndico sobre todos los negocios que allí se ventilan y en que toma una parte activa; ó finalmente del que se asocia al eterno juego de la malilla ó del solo en casa del boticario, claro está que el ama nada bueno ha aprendido, y por lo mismo no puede hacer bien este papel. Con todo, como por lo regular la mujer suele ser más astuta que el hombre, son pocos los casos en que se

encuentra fuera del círculo en que se ha colocado. Su casa está cerrada, y ella dentro, entregada á sus labores como Penélope.

«Empero estas mujeres no viven del todo aisladas: en las ciudades y pueblos numerosos forman tertulia varios clérigos, á la que concurren sus amas, haciendo tercio para jugar un mediator ó una malilla. En esta reunion se habla de todo, concluyéndose por dar un repaso general á la vecindad bajo el conocido tema del desarreglo de las costumbres, y la censura del libertinaje que en ellas se ha introducido. Uno de aquellos señores habla de lo mucho que ha padecido el culto con la reforma del clero, y el eco de este buen eclesiástico, es decir, su ama, cita la supresion de las hermandades y rosarios. Otro saca á volar la inquisicion y los frailes, que eran el mas firme sosten de la iglesia; otro se desata en una furibunda diatriba contra los liberales y el gobierno representativo, y alguno mas anciano cuenta sus dolencias, que el ama no se descuida de lamentar, quejándose de la intemperie de la estacion.

«Luego se habla de música, y no falta aficionado que pondere la buena voz del nuevo sochantre, ó la habilidad del organista, como tampoco quiense queja de haberse introducido en los templos una música profana. En fin, se habla de todo lo acomodado á las ideas de los concurrentes, como el cultivo de las flores, la recoleccion de cosechas, de muebles primorosos, de la cria de animalillos, y por último forma la parte mas sustanciosa y recreativa de la conversacion el buen tabaco, los dulces y los casos ocurridos á los conocidos, que es donde esplayan las amas su reprimida locuacidad, separándose todos amigos y contentos, quedando cada clérigo convencido por su parte de que su ama es la mas discreta de toda la concurrencia, así como esta sale satisfecha de haber sabido lisonjear el amor propio del eclesiástico su protector.

He dicho que el ama no descuida ninguno de sus deberes domésticos, y que lejos de adormecerse en la molicie se levanta antes del dia y se ocupa en la direccion de la casa. En efecto, con dificultad se encuentra una que presente en lo interior mejor aspecto

que la del clérigo, y donde esten mas exactamente distribuidos el tiempo y los quehaceres. Los muebles de todos las habitaciones se hallan limpiísimos y colocados en su lugar respectivo, lo mismo que los útiles de cocina, y demas oficinas. El perrito y los gatitos, animalillos predilectos de los comensales, tienen señalado el sitio donde han de dormir. La criada y el criado los ha escogido tan á propósito que de puro buenos pueden arder en un candil: la primera por callada, limpia y hacendosa, el segundo porque pasa por todo, siendo incapaz de decir fuera lo que pasa de puertas adentro, excelente cualidad tan rara como el ave fénix. Para ello siempre que tiene que tomar algun sirviente, ademas de adquirir ántes los mas minuciosos informes, le hace un largo y prolijo interrogatorio, y concluye con el siguiente catálogo de prevenciones.

«Bien, dice á la que ha de ser criada, en atencion á los buenos informes que me han dado de tí, y á que ni tienes novio, ni piensas tenerlo, es menester que sepas que si te quedas en casa debes no olvidar que esta es un convento, y que has de ser muy humilde. Lo que yo te mande es como si lo mandara el Padre cura, pues aqui no hay mas voz que la mia, y su merced se entiende siempre conmigo, por que estoy enterada en todo y sé cómo se le ha de dar gusto. Nada de cuentecillos á las vecinas de lo que pasa en casa, y poco trato con todas, sin reñir con ninguna.» En cuanto al criado le previene que no ha de tener chichisveo con aquella, entendiéndose para todo solo con el amo y con ella, siendo bien hablado y asistente á la iglesia. Tal es el buen orden que el Ama del Cura observa y hace guardar á sus domésticos.

«Mas no es oro todo lo que reluce, ni en el mundo hay felicidad completa. Si el clérigo y su ama son de una misma edad, llegan juntos al fin de una vida pa-

cífica, que han pasado pensando esclusivamente en lo que podrán dejar al sobrinito, único objeto de su predileccion. No sucede otro tanto al ama jóven de clérigo anciano, porque esta, en medio de las comodidades y gustos que disfruta, no vive tranquila. Hay



El Ama del Cura.

un gusanillo que la roe interiormente, un pensamiento mortificante que la hace temer para lo futuro. La seguridad de su bienestar no solo depende de la vida de aquel sino de su última voluntad, y esta puede no serle favorable, aunque ya tiene hecho testamento en su favor. Hay unos malditos parientes pobres que se han empeñado en heredarle. De aquí su continuo afán para estorbar todo trato y comunicacion del uno con los otros, y aunque esto lo ha conseguido hasta aquí, mientras su bienhechor goza salud, teme el momento crítico de la proximidad al sepulcro, cuando el hombre vé las cosas de este mundo al revés que en todo el discurso de su vida. Así pasa el ama sus días entre esperanzas y sobresaltos, recelosa de perder el verdadero precio de tanto sacrificio.

«Llega por fin ese momento fatal tan temido y azaroso: cae gravemente enfermo el clérigo; acuden los parientes, desentendiéndose de anteriores justos motivos de resentimiento, para aprovechar esta ocasion crítica que encubre su sumision ó su bajeza, pero han llegado tarde, y la suerte está echada, porque para ellos ya su pariente no existe. El médico, estimulado disimuladamente por el ama, ha prevenido se acerquen solo al enfermo las personas que le asisten, y ninguno de ellos consigue penetrar en la misteriosa alcoba, de cuyas puertas no se separa el ama un instante. El clérigo atribuye á estremada ingratitud el desden ó olvido que muestran sus parientes; vé los extremos de sentimiento que hace el ama, y muere sin variar su disposicion testamentaria, concluyendo al cabo los temores de la agraciada. Luego que pasan los días del funeral, despide al criado, conservando solo la criada, reduce algo su gasto, se rodea de su familia, si la tiene, y se dedica esclusivamente á disfrutar los bienes heredados.»

Supongo, lector benévolo, no se habrá escapado á tu sagaz penetracion que eres el amigo á quien he dirigido la palabra desde un principio. Me parece haber satisfecho tu oportuna curiosidad, haber desvanecido tus dudas, y haberte presentado con la exactitud que me ha sido posible el retrato característico de una española, de cuya misteriosa vida tanto se ha escrito y hablado en todos tiempos, y que en el presente sufre como cada hijo de vecino los embates de la tormenta revolucionaria, que tan rápidamente va alterando nuestras antiguas costumbres, de las que apenas nos quedan reminiscencias.

JOSE MARIA TENORIO.

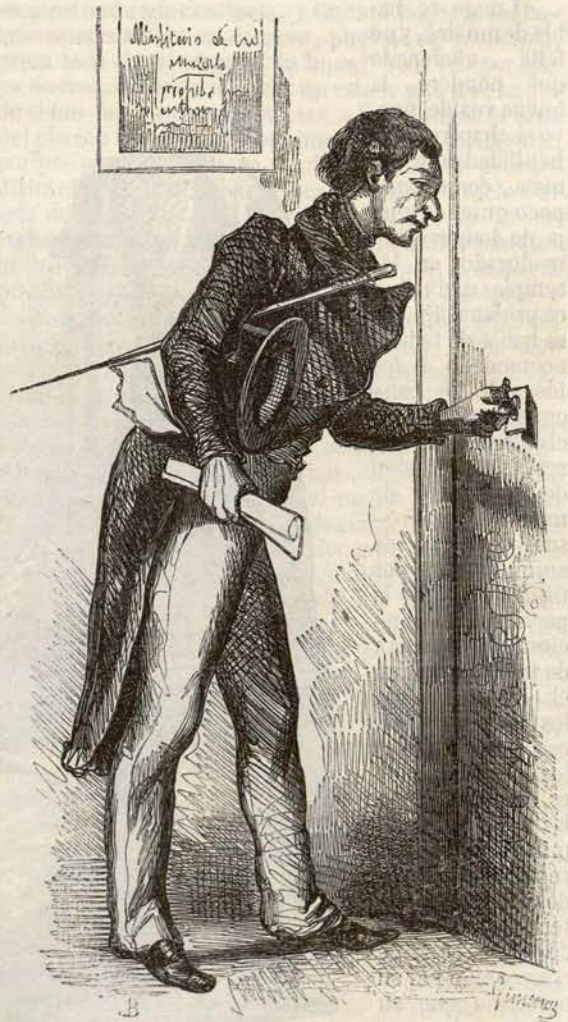
EL PRETENDIENTE.

TRATANDO de delinear los tipos mas generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podríamos dar en tan vasto campo, sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, *el pretendiente* nos presenta su atareada figura, *el pretendiente* nos ofrece su envejecido memorial. Desde el humilde taller del artesano, hasta los aureos escalones del trono, ni una sola clase, apenas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado mas ó menos de esta enfermedad epidémica, de este tífus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el espresivo título de *la empleo-manía*; y aunque variados en los accidentes, siempre habremos de reconocer en todos ellos los caracteres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y desvelo por efectos consiguientes. El término del mal tambien varia segun los individuos ó segun las circunstancias; sos hay que se darian por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos ó un estanquillo de ta-

bacos; los hay que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo ó un uniforme ministerial; hasta los hemos visto, que en mas elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmovier al país á trueque de conquistar una corona. Todos son *pretendientes*; todos están atacados del tífus de la ambicion.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por mas análogos; y estos medios, este sistema, varian tambien frecuentemente segun los caracteres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion*, de cada mes. Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridículos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad: *la antigüedad* en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca mas que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.



El Pretendiente.

Tanto mas difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste como el camaleon de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion mas constante, al mas atinado pincel, á la pluma mas bien cortada.

Válgannos para el desempeño mas ó menos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos veloci-

feros del siglo en que vivimos; hagamos en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbrera de su llama el fantástico gas; aun así, procediendo con tan rápidos auxiliares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiár á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejante, ha de haber envejecido antes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito como acostumbramos los modernos dramaturgos, en el cual alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atras, podremos observar cual era entonces el pretendiente cortesano y cuales las condiciones á que habia de sugetarse en aquella clásica sociedad. Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, siquiera no sea mas que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad mas juvenil; que tambien en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez ó doce navidades de progreso más.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristán del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabia de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito el *¿Quousque tandem CATILINA?* á todas las Catalinas del pueblo, cuando el padre vicario ó el administrador del duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su proteccion y amparo; inculcábanle los mas recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la corte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil profundas meditaciones sobre su porvenir, y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestia ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de sus propios deseos, que al decir de sus patronos le eran necesarios para conquistar las voluntades ajenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—No hay hombre sin hombre—repetiase á sí mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á extenderse en cálculos sobre cual seria el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próspera fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponía su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ageno y lo crítico de la edad propia influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo mas íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del «hombre con hombre» se ponía á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese si era posible... una mujer.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del vicario al padre guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalo del administrador; con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título expresivo de *gramática parla*; que los rígidos censores apellidaban *falsa mónica*, y que daba en fin al que

sabia aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho*.

Un mozo de *provecho* era por entónces un diligente mancebo, que hacia buena letra y ayudaba á misa todos los días; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradias, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol: si servia al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, y ponía los alegatos y respuestas, iba á comprar á la plaza, y agenciaba aguinaldo, por pascuas, ferias, y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de su excelencia, entendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pasar el carbon, si era en fin ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchara á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mocito, para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre guardian; ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribanía de cámara; ó á entrar de escribiente en la contaduría de S. E.; ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era muger; cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en esta á la mas bella mitad del género humano, entonces el avance en la carrera era por lo regular mas rápido; entonces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor. Verdad es que el tierno rapazuelo solia aparecérsese bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de palacio ó viuda de un covachuelo: de una taimada doncella protegida del viejo consejero; de una sobrina auónima del padre guardian; ó de la mas contrahecha y anti-pática de las hijas del mercader. Pero... ¿quién dijo miedo? la ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados; y nuestro pretendiente de entónces rendia el mas humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente dicho, que era el que seguía la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios, con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara... en las manos, y enviarle de alcalde mayor á Móstoles ó á Griñon.—Pero está variante del *pretendiente á varas* merece por sí solo un episodio, que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos mas característicos de la época en cuestion.

Figúrense pues, (si no lo han por enojo) un hombre grave, ventruado y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entonces la capacidad y las togas no se concedian sino á los que acertaban á casarse con la hija de una camarista) que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la corte, en solicitud de la consulta de la cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámonse en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los consejos, ó las galerias bajas de palacio, espiondo el instante de que suene el coche del presidente de Castilla ó del ministro de gracia y justicia para colocarse al pié del estribo, con papel en mano, cabeza al aire, y encorvada espina dorsal. Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos antes ostentaba todo el aire de un *capitan de guerra*, y cuyo traje serio y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con

puño de oro y su tricorno horizontal, daban muestras visibles de hallarse pocos días antes colocado al frente de todo un partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta súbita metamorfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era en efecto una de las mas graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex*; calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro; (porque conviene saber que entonces los ministros y los presidentes lo eran *de veras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbucear la voz del mas aguerrido presidente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzabase á comentarlos con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *veremos* del magistrado, deshacíase á cortesías que pudieran llamarse genuflexiones, quebraba el hilo de su discurso, paralizabábase sus miembros y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una línea en la Guia de Forasteros, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Avila ó en Alcaraz.

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era D. *Verecundo Corbeta y Luenga vista*, cuya amada historia ocupó ya el clarín de la fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavia recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el termino que desea no cuenta con mas favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad. Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar día y noche, y á ver de lejos al ministro ó a su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á escuchar los pensamientos del poderoso, á calcular sus próximos deseos, á leer en sus ojos las mas remotas esperanzas; nadie en fin llegó á oifatear de mas lejos las próximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, et blanco de sus tiros se extendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador, desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral. Escribia 365 memoriales en cada año y 366 los que eran bisiestos; pero tenia la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y acontecia á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canongia, á una direccion de rentas ó á una portería militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y mostraban el semblante risueño, y sin embargo ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano era solo para darle un empujon. Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito, antes bien reproduciendose fabulosamente, siempre se le veia de jefe de fila de toda audiencia, de fila marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda ante-

sala, y aun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un día furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pié firme y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel día precisamente era el día 29 de setiembre de 1834, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados seria un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social. Ahora los honores y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con mas propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del día y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion. ¡Papel sellado, cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!... papeles mojados, viejos, de figuron, resortes mohosos y gastados; habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasías y oratoria de levaduras y masas dispuestas á fermentar.

Ademas ¿á quien pudiera satisfacer como antiguamente un miserable empleillo de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tisis para el otro, ó calcular en fin sobre la futura boda con una hija recién nacida del jefe? Y todo ¿para que? para llegar al cabo de muchos años á colofarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales mas.

Ahora bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógados abuelos.—Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem* y *ad mulierem*; que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la mas mínima aprension; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas energicas contra la sociedad.—No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande, su mision sobre la tierra ser ministro, los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en la corte, que para él no es mas que un teatro donde hace su primera salida. Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el trafago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado primero en los puestos inferiores y armado de una tijera, (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias varias* ó evuelto humildemente entre las flores del *folletin*). De allí á unos días, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del periódico, abrazase á sus columnas, trepa por ellas, tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que aílaba para esta ocasion.—Sus colaboradores se admiran y estasian de aquel *ex abrupto*; el público aplaude la demasia, los funcionarios atacados que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, mas tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, lejos de humillarse y atender á sus bondades, les persigue, les acosa

incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreído con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador. Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces convicción: todos aquellos insultos no son odio ni enemistad: todas aquellas apóstrofes no son dañada intención. — ¿Pues que son entónces?... — ¿No lo han adivinado los lectores?... — Súplicas impresas; rebozado material.

A los pocos días de los mas furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose mas dúctil y suspicaz; calla luego de repente, y en la semana próxima viene encabezado el Boletín oficial de una provincia con esta alocución:

HABITANTES DE.....

El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirle el mando de esta provincia, etc.,

y firmado por el mismo Pretendiente en cuestion. — Pero alto ahí, pluma parlera, no hay que salirse del tipo que hoy nos ocupa y dejemos para otra mas atrevida y versada en estas materias, el delinear uno de los mas risueños de la época, el tipo de *La autoridad*.

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aun estrecho el uniforme de covachuelo ó de gefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas ó comanditarias. Por cuanto á la sazón la dicha provincia suele hallarse ocupada en procurarse un padre que la defienda por tres años en el Congreso nacional de esta corte, como dicen los ciegos papejeros. ¡Que mejor ocasion! Hínchase con el nombre del joven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heróicos vecinos de Madrid: admiran y encomian su improvisado talento los mismos que ha poco tiempo le negaban hasta el sentido comun: disputáanse y le proclaman los propios parientes y amigos que antes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tiranía, á vengar la libertad... — Al día siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el negro banco; y en fuerza de su mágica influencia cambia de continente, módica sus acciones, mitiga sus palabras y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el orden y robustecer su poder. — No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas á grande espectáculo; no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones á beneficio de un actor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la corte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien de la legua, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir; que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion; el pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad. Este camino es acaso mas lento, pero mas seguro: los aduladores del poder reciben por premio

un insignificante diploma ó una módica soldada: los que sirven al pueblo pueden aspirar á una corona cívica ó un sillón ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de orden superior en favor de una candidatura circular: ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad: ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio, ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial: ora en fin marchan al frente de los mas ardientes agitadores, reunen la fuerza armada y se pronuncian por la anarquía, ora se colocan al lado de la autoridad cuando esta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el orden y la justicia.

Otros por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y mas prosáicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un lejano pariente, de un condiscípulo, de un amigo, ¡y quien en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande! No hay en la extension de la monarquía ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado, que no haya producido un ministro al menos, y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres, nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

Epílogo. — Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y esplicito *memorial*. La hipocresía religiosa ha cedido el paso á la filantropía política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el club ha sustituido á la cofradía, al estandarte la bandera, y á la imágen del santo la inveterada efigie de algun santón.

El Pretendiente, este tipo prodigiosamente móvil é impresionable á quien comparáramos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste como él todos las matices que le rodean, trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que antes bloqueaba, y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension*.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA CRIADA.

Dichoso el mortal que cansado de la vida bulliciosa y arrastrada, de los placeres fáciles y de la dependencia paternal, da entrada en su mente á graves reflexiones que fijan de una vez el firme propósito que ha hecho de mudar de estado y condicion. Este mortal precisamente piensa en casarse, y desde el instante en que lo piensa, establece por alto un balance general de sus fondos, con el objeto de arreglar la cuenta corriente de su casa. Ya se entiende que esta operacion tiene lugar en la imaginacion de un hombre prudente y económico, ó que se empeña en serlo, luego que asciende á la clase de cabeza de familia: si se propone seguir como hasta allí, dado á la disipacion ó á los vicios, nada establece, ni cuenta corriente, ni balance, pues que solo se casa por variar, por probar de todo, como él dice, y á salga lo que saliere.

Esto no quiere decir que el pretendiente á marido, por mucho juicio que abrigue su mollera ó por grandes que sean sus deseos de convertirse en hombre de bien, no padezca extraordinarias equivocaciones en el arreglo de los cálculos que forma para la acertada

marcha y sabia distribucion de las domésticas urgencias que comienzan á acosar su corazon y su bolsillo bastantes dias ántes de aquel afortunado en que recibe la bendicion nupcial. Padéceas en efecto, y la prueba está á la mano. Sabe por ejemplo que la casa le cuesta *dos mil nuevecientos reales anuales* á razon de ocho diarios; que la plaza, la tahona, el vinatero, el lonjista y el carnicero le consumen un duro largo; que tiene que aflejar entre carbonería y aguador dos ó tres duros mas mensuales: ítem otros dos ó tres de lavandera, con la añadidura del gasto de costurera y planchadora, y de *cuatro* reales al mozo de la compañía á que pertenece, si es miliciano nacional. Sabe tambien que ha de llevar de vez en cuando á su esposa al *Príncipe*, al *Circo* y á la *Cruz*, porque al fin no se casa ella para meterse cartuja, y que la ha de llevar de modo que no desmerezca en su porte de las



La Criada.

demas señoras que se dejan ver en público: si hay angelitos, es forzoso que el presupuesto vaya ascendiendo en progresion del número de los que van asomando las narices al mundo, empezando por la casa y acabando por el ama de cria, por la niñera y por el maestro de primeras letras. Agréguese á estas partidas las sueltas del sastre, del zapatero, de la modista, de la *fábrica de guantes* y otras por el estilo, y tendremos que un honrado marido cree inocentemente que sus desembolsos anuales ascienden, poco mas ó menos, á tanto ó cuanto.

Pero el honrado marido ha echado la cuenta *sin la huésped*; quiero decir, sin la Criada, sin esta perla de todas las provincias de España, sin este tipo hermoso, feo, sucio, reluciente como plata, fiel, vendido, siempre murmurador, siempre alegre, respondon, cariñoso, atrevido y de rompe y rasga. El cabeza de familia comprende muy bien que tiene Criada en su casa, porque se vé obligado á destinar para ese renglon cincuenta ó sesenta reales; llega así mismo á su noticia que la tal se llama Manuela, Juana, Ignacia ó cosa semejante, y por conversaciones que casualmente ha presenciado, habidas entre su cara mitad y la vecina del otro cuarto, se ha convencido de que para que sus asuntos de puertas adentro y aun de puertas afuera continuen bajo un orden regular, es absolutamente indispensable mudar de Criada todos los meses.

A estas semi-noticias se reducen los resultados de las investigaciones del hombre casado: la muger casada ya es otra cosa con respecto á la Criada; la observa en sus manejos interiores de cocina; cuenta los minutos que tarda en los recados, y se informa minuciosamente de sus amistades y de sus amores de calle. Cuando la recibe, la sujeta á un exámen riguroso; la primera pregunta se reduce generalmente á averiguar las casas en que ha servido; despues entran el pueblo de su nacimiento, el nombre, la habilidad, las personas de categoría que la abonan, si es que no va recomendada por agencia ó por memorialista, y por último los honorarios que pide.

Para entender esto algo mejor voy á copiar un diálogo de los muchos de esta especie con que pudiera entretener al lector.

Lorenza es una muchacha alcarreña, novicia en las calles de Madrid, que sin embargo no ignora donde le aprieta el zapato: solo ha servido en casa de un empleado, habiendo dejado la colocacion porque andaba el pan debajo de llave y la soldada por las nubes. Cansada de contar sus cuítas á sus compañeras, y de bailar en *Chamberí* los domingos, se decide á presentarse en el cuarto de doña Engracia, muger de un cesante, cuya Criada ha sido despedida por devaneos con un cabo de no sé que regimiento, y por chismosa.

Entre D.^a Engracia y Lorenza se entabla la conversacion de este modo, despues de los *buenos dias*, y el *cómo está usted* de ordenanza:

—Me han dicho que necesita Vd. Criada y venia... —¿Tiene Vd. personas que la abonen? D.^a Engracia, al hacer esta pregunta, fija sus ojos inquisidores en la fisonomia de Lorenza; esta se mantiene en una actitud que indica no haber roto un plato en toda su vida. Despues de su respuesta afirmativa prosigue el exámen de conciencia:

—¿Que sabe Vd. hacer? —«Yo, Sra.... todo lo de una casa: sé barrer, comprar, hacer las camas, fregar, limpiar el polvo.... —¿Y guisar? —Guisar... tambien. Vamos... quiero decir.... no sé hacer *primores* que digamos, pero así, lo ordinario... en fin, arrimar un puchero, y espumarlo, y preparar una tortilla ó freír un par de huevos, ú otra cosa por el estilo... ¡Oh! En cuanto á eso, sí Sra. En cá el señor de loterías no habia mas que yo para la cocina y en jamás tuvo que regañarme la Sra. porque los garbanzos salian duros. ¡Pues no faltaba mas! —No, pues si nos convenimos, aquí no tendrá V. mucho trabajo: por la mañana.... eso sí, me gusta que las criadas madruguen mucho; en este tiempo me parece que á las cinco es una hora regular. —Sí Señora. —Y ademas, yo padezco mucho de debilidades y necesito tomar el chocolate temprano. Mire V.: en cuanto V. se levante, me enciende V. la lumbre; en seguida baja V. á buscar la leche y un panecillo; luego hace V. mi chocolate; despues el del amo; mientras yo me levanto barre V. la sala, el gabinete, el comedor y el recibimiento... ¡ah! y me tiene us-

ted mucho cuidado de limpiar bien los cristales; concluido esto, viste V. á los niños, les dá el desayuno y los lleva á la escuela; á la vuelta compra V. lo necesario en la plaza, dispone V. el almuerzo, que ha de estar en la mesa á las once en punto, para que el amo no refunfuñe, y entretanto se pueden hacer las camas y lo demas de la casa. Para la comida ya lo sabe V.; nosotros comemos á las cinco, despues que traiga V. los niños de la escuela: ese es poco trabajo, porque aquí no comemos principios; eso sí, un cocido abundante y santas pascuas; lo que es hambre no pasará V. en mi casa, y tampoco le faltará lo suyo todos los meses.—Ya lo sé, Sra., que á no ser así, tampoco hubiera venido, porque en algunas partes.... en *cá e mi ama* me daban el pan por alquilara y...—Lo demas, se escusa hablar; el fregado y los recados que ocurran.—Eso ya se sabe.—Yo quiero mucha fidelidad en mi casa, porque ya conoce V. que en una casa anda á veces todo tirado, y es preciso que uno sepa á quien mete dentro, por los continuos chascos y desengaños que se llevan.—En ese punto no hay entodavía quien pueda decir en el mundo de mí la menor queja; pobre, sí Sra., pero mas honrada que pobre tambien: pregunté usté á la Pepa que está sirviendo hay en esa casa de la esquina, y que es de mi mismo pueblo, y á la ama en donde he servido y á otras personas de categoría que puedo presentar, y todas dirán mi buena conducta y que no trato de engañarla á usté, y sino usté misma lo verá.—Tambien hay que jabonar en casa, y hay que ir al rio algunas veces.—Bien, Señora, por eso que no quede.—¿Y cuanto piensa V. ganar?—Yo Sra.... en *en cá el Sr.* de loterías me daban cuarenta reales; con que es decir que lo mismo.—Es mucho, hija mia.—Pues por menos... ya vé usté.—Ni por un ojo de la cara viene una Criada hoy día menos de cuarenta reales; parece que todas se han dado las manos.—Es que el trabajo.... los zapatos se rompen, y luego hay que salir mucho á la calle y llevar y traer los niños.—Vaya, pues si V. merece los dos duros, no reñiremos.—Quiero ademas los domingos por la tarde libres.—Eso si que no puede ser, porque tiene V. que salir con los niños.—Pues bien; quiere decir que los llevaré conmigo.—Si, pero á buenos sitios ¿eh?... ya sabe V. que hay mucha corrupcion; y á mí no me gusta que las criaturas.... por lo demas, yo no me meto en nada: V. cumpla bien con su obligacion, y Cristo contodos.—Pierda usté cuidado, Sra., que ya verá usté que no soy ninguna loca.—Corriente: venga V. desde mañana, y si V. se porta tendrá casa para años.

Poco mas ó menos tal es la admision de la Criada en todas las casas: unas vuelven al día siguiente para disgustarse á los ocho y despedirse ó ser despedidas á los quince; otras no vuelven y se evitan el trabajo de correr una casa mas; pocas son las que parecen á primera vista; muchas parecen desde luego lo que son.

La Criada perfecta ha de tener, cuando menos, dos amantes; uno en su pueblo, y otro en el pueblo en que sirve: con el primero se cartea, sirviéndole de escribiente y lector el zapatero del portal, mediante una retribucion de salchicha que ella sisa de la despensa ó de la olla, y un traguete diario de vino cuando lo compra en la taberna, déficit que le es fácil cubrir en la botella con el líquido de la tinaja. Con el segundo arma palique en todas sus salidas de casa, circunstancia que la espone sin cesar á reprimendas y alborotos, á causa de la tardanza con que hace los recados, ó porque durante su ausencia se ha ido el puchero ó se ha quemado el pollo. Cuando he dicho que estos dos amantes son necesarios á la Criada, no he establecido que sean los únicos; puede tener tres y hasta media docena, si encuentra seis hijos de

Adan que le plazcan, que si encontrará por poco tiempo que emplee en buscarlos. El inconveniente mayor que para la Criada puede resultar de esta séstupla intriga es que el día mas bonito del año la trate uno en la plazuela de *arrastráa*, otro en el Rastro de *perdia*, este en los toros de *toas caras*, aquel en el Retiro de *pavera*, el quinto en el Manzanares de *chupona*, y el sexto en la Fuente Castellana de.... lo primero que le ocurra, que nunca ocurre cosa buena al amante de una Criada, celoso con motivo, y desesperado sin por qué. Pero inconvenientes son estos que la Criada sortea con admirable destreza y habilidad, por poco que le ayuden la adquirida práctica y la natural malicia de su oficio, profesion, arte, recurso, pasatiempo, ó sea lo que fuere aquello de revolver platos y sacar por las noches espuestas de basura. Al primero de sus amantes le dice que está desesperada con la casa que le ha cabido en suerte, y que á él solo le adora: aquí entra de cajon el quitar el pellejo al ama, asegurando que mientras el Sr. se despepita buscando empeños para el ministro, á fin de que le vuelvan el destino que perdió por falsos informes, ella (la susodicha ama) se entretiene en escribir billetes amorosos que ella (la Criada) se vé en el caso de llevar al oficial H... y al encargado del negociado D. N.... sugetos sumamente amables, que no se desdennan de hacer á la conductora de la correspondencia, si á pelo viene, cuatro fiestas y un como medio regalo. Jura y protesta al segundo de los referidos amantes que es mentira todo lo que ha llegado á oler del primero, y que el caramillo de sus pendencias se ha armado por envidias y malquerer de Tomasa, que es, como si dijéramos, otra Criada amiga de la nuestra y tan Criada como ella. Al tercero le vuelve á jurar lo que mejor le parece, echando siempre á vanguardia su honradez y su aquel, que nadie delante de su cara es capaz de poner en duda, so pena de un bofeton ó de un escándalo, perances de que todos tenemos buen cuidado de huir en esta tierra de lágrimas. La misma táctica observa la Criada con el cuarto, quinto y sexto de sus amantes. Vaya Vd. á averiguar las protestas que les hace: el resultado es que los deja á todos mas suaves que una malva, ó descompadra con algunos de ellos, ó parte peras con los seis. ¿Que le importa el resultado? En el primer caso, ya que son novelas, sigue engañándolo con buenas palabras y malas obras; en el segundo, por lo mismo que han dado en la necesidad de mantenerse en sus trece, los reemplaza; ¿Y cuando falta reemplazo de amantes á la Criada? Era preciso que en España no hubiese quintas para el reemplazo del ejército.

Mientras sucede toda esta barahunda de cortejos, de quejas, de satisfacciones, de contentamientos y de riñas, que es justamente el tiempo que debe transcurrir sin apelacion para que la Criada vaya y venga de la lonja con un cuarteron de fideos, ó una *panilla* de aceite, sucede tambien que se chamusca el guisado ó que llega la hora de comer y los cubiertos están por fregar: allí es Troya. El ama grita por la tardanza; la Criada se escuda con la muletilla de que en la tienda habia mucha gente y no la han despachado á tiempo; vuelve á reproducir el ama aquello de *no me replique V.*, y torna la Criada con lo de *si V. no está contenta, la casa es de V. y la calle es mia*; y el paciente esposo se pasea por la sala esperando con evangélica resignacion el momento deseado en que le avise su cara consorte que por fin han cesado los inconvenientes que le impedían sentarse á la mesa á la hora acostumbrada. Se sienta en efecto de mal humor y de peor gana, y ó come poco, ó no come, ó come muy mal, que es lo mas comun, por aquello de

A Criada loca y ama entretenida,
Cruda comida.

Esto del amo paciente se entiende cuando no median relaciones particulares entre él y la Criada, porque en este caso varia tanto la escena que la segunda se convierte en ama con aprobacion del que manda, ó del que paga, que es una cosa misma, y el ama se encuentra, si van mal dadas, en disposicion de ponerse á servir, de divorciarse ó punto menos: ejemplos palpitantes, como dicen los escritores políticos, hay en nuestra España de estas miserias, los cuales prueban irrecusablemente la moralidad de los nobles tiempos que alcanzamos.

El lector que no conozca á la Criada (¿habrá algun lector tan negado en España?) imaginará que este tesoro nacional es una mina de cobre, que soio acarrea gastos á los accionistas, ó un cuadro de Lucifer que no presenta lado hermoso por donde se le mire, por bella que sea la pintura. El tal lector, se lo aseguro, se engaña miserablemente. La Criada es en nuestra nacion un personaje tan útil, tan patrióticamente interesante como un diputado á Cortes, ó cuando menos como un ministro.

¿De qué apuros no saca la Criada á unos amos pobres? Verdad es que en desquite se vuelve mas orgullosa, ménos sufrida para los regaños, un tanto perezosa y discola, y pone mala cara el día que su señora no se muestra comunicativa con ella. Esto consiste no precisamente en su condicion de Criada, sino en que ha ascendido desde Criada á amiga; ó al ménos á confidente de los trabajos de la familia. ¿Y por que no hemos de sufrir el orgullo, el quietismo y las malas respuestas de una Criada que nos proporciona recursos para comer quince días, probándonos así su buena ley, cuando á todas horas tenemos que bajar la cabeza delante de personas, que en vez de premiar, cual deben, nuestras tareas ó servicios, nos insultan con su fausto ó nos obligan á ser testigos de su ridícula vanidad? ¿Cuando besamos manos que quisieramos ver cortadas? ¿Pero cuales son esos méritos que la Criada contrae ó puede certificar y que le dan un derecho incontestable á la gratitud de sus amos?

Allí es nada. Consideremos á la mencionada Lorenza, que á pesar de las impertinencias de doña Engracia, la esposa del cesante, y de las pesadas travesuras de los niños, se mantiene en casa; considerémosla á las siete y media de una horrorosa mañana del mes de enero, con la cesta debajo del brazo, abrigada con una mala saya de percal, en pelo ó con mantilla, arrastrando unas chancletas viejas, y recogiendo con una mano las puntas del agujereado pañuelo de muleton, ó levantando por detras los pingajos del zagalejo para guarecerlos del espeso fango de las calles: sigámosla los pasos hasta cualquiera de las plazas de Madrid; observemos lo que hace en el puesto de la verdulera y en la tabla del carnicero; sin duda comprado.... No lo creais; no compran, á lo ménos al contado, todas las criadas que van á la plaza. Lorenza conoce á la tia Jesusa, conoce á Esteban, y saca de este la carne y de aquella el repollo, los nabos, el perejil y las cebollas, con promesa de pagarlo todo á la primera paga que reciba su amo el cesante: como esta garantía no hace hoy fe en España, figuráos la cara que pondrá Esteban á la primera proposicion, pero la cara de Lorenza la suaviza, y un bendita seas *maldecia*, que ella admite acordándose de la familia menesterosa, y una pasadita de mano por aquel soberano rostro, ó tal cual beso rezagado en el que el carnicero roba, completan el contrato, y por consiguiente ya tiene la casa carne fiada. En cuanto á la tia Jesusa es mas sorda que un deudor moderno, y por lo tanto permite á Lorenza sin desconfianza escoger lo mejor y mas maduro de las verduras; como Lorenza se sonrie y no le paga, entiende la tia Jesusa que ya le pagará al día siguiente ó al otro; lenguaje, si bien mudo, expresivo, que entre verduleras y cria-

das equivale á la cuenta corriente del mas acreditado comerciante.

¡Y que! ¿No contaremos por nada el servicio que á costa de un beso y de una sonrisa hace á sus amos la Criada, proporcionándoles los víveres con que no cuentan? Pues ¿que diremos de los consuelos y recursos que inventa para mitigar las amarguras de su señora que se desespera porque no tienen sus hijos un pedazo de pan que llevar á la boca?—Vaya, no se alija vd. por eso, que no todos los días son iguales, y tras de uno malo viene otro bueno; á mas de que Dios aprieta, pero no ahoga, y la mala suerte se ha de cansar. ¿Que le hemos de hacer?... ¡Ah! Mire V.: me ocurre ahora mismo.... Si V. tuviese algunas cosas que darme, unos pendientes ó algo de ropa blanca, se podrian llevar á empeño al *Monte de Piedad*.... justamente es mañana sábado....—Hija, pero yo no estoy acostumbrada á eso; me da tanta vergüenza ir allí á que me miren las gentes.—Es que si V. quiere iré yo; á mí no me conocen, y no le dé á V. cuidado que nadie necesita saberlo.—Siendo así, estoy pronta.

En estos casos es la Criada un ángel doméstico, por mas demonio que en otros parezca; ya está contenta porque va á buscar dinero para seis días; carga con el lio de ropas ó las alhajas escapadas como por milagro del furor del hambre *cesantil*; llega al *Monte*; disputa con el contraste tasador porque señala poco precio á lo que lleva; envuelve en un papel el dinero y la papeleta ó billete al portador que el establecimiento otorga á su propio nombre y no al de su ama, y vuelve volando á casa, tan alegre, como si hubiera sacado un terno á la loteria. Volando, si señores, porque en semejantes urgencias es cuando la Criada, por enamorada y pizpireta que la consideremos, tiene en la punta de la lengua para cualquiera de sus amantes el *luego hablaremos que voy de prisa*, palabras que sabe muy bien pueden ahorrar á sus amos una ó dos horas de crueles tormentos.

Entre las buenas cualidades que adornan á la Criada, debe contarse como una de las principales el ser buena cristiana, pues mas quiere sufrir un regaño por tener la cocina sucia, que detenerse á barrerla cuando oye tocar á misa: sabe por experiencia que el santificar las fiestas es una obligacion, y que por lo mismo no necesita permiso de nadie para cumplirla: lo único que hace es soltar la escoba, calzarse los zapatos y coger la mantilla para ponérsela en la escalera ó en el portal, diciendo al salir: *Señora, voy á misa, que están tocando*. A estas palabras se humilla toda autoridad doméstica, así como quedan postergados los mas indispensables quehaceres, las obligaciones profanas mas perentorias.

Por otra parte, y aun cuando sean sumamente capitales los defectos y nulidades de la Criada, no pesa sobre nuestros frágiles hombros como una carga insoportable, supuesto que con motivo ó sin él somos dueños de deshacernos de ella cuando nos acomoda: pero esto se entiende tocante á la criada que nosotros mismos recibimos y pagamos: mas claro, tocante á la Criada que no hemos conocido en casa de nuestros padres. La que nos ha visto nacer se convierte con el tiempo en una verdadera plaga; por lo mismo que nos ha manejado como muñecos cuando gateábamos por sillas y baules, ha llegado á adquirir sobre nuestra imaginacion una especie de predominio que nos humilla y encocora; su presencia en nuestro estudio si somos abogados, ó en nuestros aristocráticos salones, si por dicha nos hemos convertido en marqueses, es un anacronismo insoportable: si á esto se añade que nos tutea delante de nuestros ménos íntimos amigos, y que nos detiene en la calle para informarse de nuestra salud, aun cuando vea que nos apeámos de una elegante carretela en compañía de la dama mas encopetada de la corte, vendrá cualquiera en co-

nocimiento de las mortificaciones, del fastidio, del enojo que debe causarnos á todas horas la Criada vieja que nos narraba cuentos de duendes y aparecidos en nuestra infancia, en pago de lo que la hacíamos rabiar.

La criada es una crónica de todos los chismes de la vecindad; tercera de los amores de la señorita, lleva y trae sus amorosos billetes, y siempre retozando, siempre cantando, pasa la vida de casa en casa, como el pájaro burlon de árbol en árbol, hasta que la pesadez de los años la conduce á vender palillos en un portal ó á meterse á ama de gobierno, si es que no llega á contraer matrimonio con algun oficial de ceragero que audando los dias hereda el obrador de su amo. Ni aun así olvida la Criada sus habituales ocupaciones, pues se la ve madrugando, ir á la compra con su cesta y al Manzanares con su lio de ropa, por muy ama que sea de su casa.

JOSÉ MARIA DE ANDUEZA.

LA NODRIZA.

¡Y no siempre una madre cariñosa
te cabe en suerte, malhadado infante,
que en su seno te abrigue
y á tu labio anhelante
dulce néctar solicita prodigue!
No por tu cara linda
es justo que prescindas
del baile doña Flor, del coliseo,
del público paseo,
de visitar las tiendas de la plaza,
ó tal vez de la cita misteriosa,
do en adulterio torpe se solaza.

«¡Criar y mas criar! ¡Jesus, que empacho!
¡Compadézcanme ustedes!
Una mujer de tono entre paredes
no ha de pasar su juventud amena.
¡Pues no faltaba mas! ¡Y este muchacho
que mama sin conciencia! Yo me seco.
¡Eh! que se desgañite enhorabuena,
ó que le den gazpacho.
No he de morirme yo por un muñeco.»

Así razona, y razonando engulle
ya el cangilon de pingüe gelatina,
ya la perdiz sabrosa ó la gallina,
ya la pintada trucha,
ya un piélagos de espeso chocolate
con esponjado bollo, ó con tomate
luengua magra se embucha
del animal grasiento que abomina
el pueblo de Israel. El apetito
del cuitado angelito
con lacónico sorbo satisface,
y, mármol á su queja,
préndese la mantilla
y eternas horas huérfano le deja.

En tanto al jugo del materno pecho
de insípida papilla
el glutinoso pábulo reemplaza,
que ha de tragar el nene á su despecho,
aunque su llanto el alma despedaza.

¡Vieras allí la retirada pugna
de la fámula hedionda que la embute,
y del labio infantil que la repugna!
¡Vieras allí de su grosera boca,
que no es tan infernal la de una foca,
á la del puro y cándido retoño
trasegar la bazofia Maritornes!
Y si la arroja el desgraciado chillando,
¡erre que erre, y vuelta á la escudilla,
y á la carga otra vez! —Crudo tormento,
¡oh Tántalo! en castigo de tu crimen
te depara de Júpiter la ira

cuando á tu labio hambriento,
que por ello sin término suspira,
te defiende llegar la rubia poma
que de fácil arbusto se desgaja;
mas tal vez en crudeza le aventaja
la bárbara porfia
de forzar á que coma
contra su gusto al prójimo ó sin gana,
aunque le den olimpica ambrosia.

Otras madres, y abundan en la córte,
yo pudiera citar á una cohorte,
nacidas entre el oro y los placeres,
desde que nace el niño—¡Qué mujeres!...—
como odioso embarazo
le arrojan sin piedad de su regazo.
Empero de otras madres... ¡me horripilo!...
mas feroces quizá compran el quilo;
que arrebatadas de codicia inmunda
y con el rostro enjuto,
el que dieron á luz mísero fruto,
ya de casta coyunda,
ya de torpe concúbite, almacenan
en público hospital, y al fruto ageno
después alquilan el ingrato seno.

¡Siglo de vanidad y de miseria!
¿qué diría á las madres de la Iberia
una madre de Esparta ó de Corinto,
si de Madrid se alzara en el recinto
desde la yerta losa
do su ceniza secular reposa?

No cual vosotras en serviles manos
sus hijos entregaban;
y no valian ellos
menos que valen hoy los castellanos.
No sus pechos al párvulo negaban
por conservarlos túrgidos y bellos.
¡Santa naturaleza!
embelesada en su materno arrullo,
les inspirabas tú mas noble orgullo;
de efímera belleza
abreviar no temian el imperio,
si el público respeto granjeaban
y á la virtud robustos y á la gloria
los Leonidas, los Héctores criaban.

No entónces cual enjambre
esquízaros con faldas se veian
infestar la metrópoli opulenta
que su sangre y su afrenta
al que mejor pagaba revendian.

¡Qué es ver á la prolifera Cantabria,
desde Irun á la Puebla de Sanabria,
cual allá de sus mares
acarrean besugos y salmones,
madres acarrear al Manzanares!

¡Qué es ver tan mofletuda y tan rolliza
ostentar en landó por ese prado
áureo galon sobre la verde falda
la pasiega Nodriza,
que ocho arrobos ayer sobre su espalda
de cotton ambulaba y de terlices
en público mercado,
y á riesgo de romperle las narices
un robusto mamon de añadidura
en el cuévano inmenso postergado!

¡Que es ver sobre su seno exorbitante
sonreír á un infante
que otra mujer parió, y el dulce nombre
prodigarla de madre, y de la propia
algun beso tardío
con desden rechazar y con hastío!

¡Oh de las *Amas* pernicioso flujo,
trampas de la infeliz naturaleza,
cual si hartas ya no hiciera en esta córte
al crédulo marido
la pérdida consorte!

¡Oh mundo corrompido!
 ¡Oh del soberbio, estravagante lujo
 desvarío fatal, plaga ominosa!...—
 Pero hablemos en prosa
 y dejemos el tono de Cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este artículo, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amamantan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. También puede haber algo de ficción poética, ó de hipérbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo mas perverso que otros; y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido *burras de leche* y *amas de cria*; y si es innegable que algunas de estas aciertan á ser algo mas *racionales* que aquellas por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo así, cualquiera daría la preferencia á las primeras; esto es, á las *amas cuadrúpedas*. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazón humano un sentimiento mas profundo, mas legítimo ni mas capaz de inspirar acciones heroicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el mas inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al nocivo influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán mas *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asiduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educación de sus hijos, aun estas mismas, ó no nacieron para amar, ó es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüírseme diciendo que la multitud, todos los días creciente, de amas de leche, que hormiguan en la capital, atestigua contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confían con tanto dolor sus niños á zafias y descastadas pasiegas, no por punible desvío hácia ellos, ni por conformarse á las absurdas leyes del *buen tono* y de la *elegancia*, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoismo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida, eso si, pero mas frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas del quebranto de su salud las que la lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturón, por los excesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algun otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartas incomodidades lleva consigo el embarazo sin hacerlo mas penoso sujetándose á molestas privaciones, y que por estar *en cinta* una dama no se ha de incomunicar como unalechuza, ni ha de consentir que su mórbido talle rebose indisciplinado, y que *los orbes depositarios del jugo lácteo* (no cabe nombrarlos con mas pulcritud) por falta de sujeción se desordenen y *traslimenten*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas ó no tener pizca de consideración y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegación hasta de los mas inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos no teniendo *viveres* mas que para uno, ó lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanición. Semejantes trabajos no suelen

afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mujeres de los sastres *sin ejercicio*, de los empleados escedentes, ó de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!!!

Infinidad de mujeres de esta muy heroica villa necesitan pues, por varios motivos, delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de Nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y gerarquías.

El litoral de nuestro Océano cantábrico provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía, cuya casta mas aventajada se produce en el famoso valle de *Pas*, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos á todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que procedan del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero haya nacido las yerbas del Septentrion, ó las del Oeste de la Península, es forzoso que la Nodriz sea montañesa para aspirar á la honra de dar teta al mamon que nació en dorada cuna; y aun asi no está segura de conseguirlo si el médico no certifica despues de un prolijo exámen, ¡diantre de médicos! que el *Ama* carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quin-ce y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podria en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocracia de las pasiegas el tener facciones regulares, ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrulludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomunales, y se les permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas á la clase media y otras á la plebe de las Nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo: las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase) agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la *tela* y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y así como la leche de estas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta mas barata, así tambien aquellas; quiero decir las madres de alquiler, estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con mas equidad. Entretanto hilan, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chiquillo para dejarse chupar por el ageno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante envidia y osadía para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas y por un módico salario á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con sendas tazas de nauseabunda y salcochada papilla, la mayoria, sino la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales pasiegas y otras tales que no son pasiegas, y que, solo por no serlo, para obtener colocación se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redacción del *Diario de Avisos* con este ú otros anuncios semejantes:

NODRIZAS. — Encarnación Valmojado, natural de la villa de Alcobendas, busca cria. Abonará su conducta el limpia-botas de la calle de la Paz.

Hay tambien Nodrizas clandestinas y vergonzosas como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo mas de una vez que la flaqueza de la una sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la otra. Los cirujanos comadrones y los administradores del *Refugio*, confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarían sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso sigilo á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y Nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡vaya!... sino de su credulidad é inesperienza.

Una vez instalada la Nodriz, (hablo de las que crian en casa ajena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes) una vez posesionada de su empleo, ejerce, no solo sobre su cria, sino sobre toda la familia y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado*. Empieza por ser *Ama de leche* únicamente, y acaba por ser *ama* en toda la estension de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavia para equiparse; ó é fuer de veterana conserve en su pais dentro de un apollado arcon tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condicion que se la vista de piés á cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje, que muchas quieren otro mas fino y lujoso para los dias de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro ó por hacer ostentacion de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las *Amas* con insaciable avaricia y desvergonzada inconsideracion; pero el lujo de unas pasiegas escita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer continuos y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultados den mala leche á los inocentes chicuelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *bendicion*, ó porque con una prógima de *Pas* no haya entrado todavia la *maldicion* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas á la *hidrofobia*. Ni basta muchas veces á domesticarlas la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa espiacion de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun asi acostumbran á responder con un par de coces á las mas inofensivas amonestaciones y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces..., regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los dias tienen las consabidas un pretexto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario, mas ó menos plausible, que no exploten en su provecho. ¿Llegan los dias ó cumpleaños del Sr., de la Sra. y de cada uno de los señoritos? Regalo. ¿Asciende el amo, ó le nombran senador, ó gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. Pero la mina inagotable para una ama de cria es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas adealas. Que se rie: que dice: *ajó, ajó*; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que meneá el sonajero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operacion de la vacuna; que le confirma un obispo *in partibus infidelium*; todo son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre alquilona. ¿Y la denticion? A cada huesecillo que cuaja en las

encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva peticion de la importuna montañesa; ó en otros términos, á cada *diente* que le nace al heredero es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras *hercinas* se presentan en las casas, que no tardarán en mirar como pais conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admision y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinúan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rúsaica estraccion y su insolente obesidad; y llega dia en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la corte para satisfacer su voraz inapetencia. ¡Cuántos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota, caballo y rey*, gimen en silencio viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demas criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un dia prometieron, los mandan con mas autoridad y urgencia que los amos; con chismes y peloterías y calumnias les roban la confianza y afecto de que son tal vez mas dignos que su tirana; se desdennan de altercar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas á la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas á tan horrible calamidad! ¿Pues que diré si el *pobre ciudadano* es ademas *ciudadano pobre*? No hay ahorros y economías que basten á sufragar tantos dispendios. El *ama* es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no seredime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, asi como todas las susodichas saben al dedillo la *gramática parda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulo lejano, ó se lo oyeran leer á algun oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya mas lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las nodrizas en general no obsta para que algunas en particular sean mujeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré mas: estoy íntimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen á encariñarse con los chiquillos á quienes crian tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvedad, y para no moler mas á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticio*, confesaré tambien que aun las *amas* de mas áspera condicion se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisongero momento del destete, mansedumbre que tiene el doble objeto de prorogar cuanto puedan su *dictadura* y el ser á la despedida mas liberal y generosamente remuneradas.

Pero la nodriz de raza y de *buen trapío* no permanece mucho tiempo cesante. O despues de criar á un niño conserva todavia bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del almo licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar que en un raptó de filantropía contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individua de esas en la situacion *interesante* que la Providencia suele deparar á las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar *excéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra y Cristo contodos. Alli la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona;—y tambien alguna vieja

maligna que mas adelante ajuste con nimia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.



La Nodriza.

— «Pero, tía fulana, responde la tía mengana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente....» — «No hay tu tía, replica la otra tía. ¡ Son habas contadas! O al chico de Geroma le faltan cinco semanas para ser *sietemesino*, ó el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la *coartada*».

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

LA COQUETA.

Si hace cien años, allá en los tiempos en que se gastaban, entre otras zarandajas, espadín y polvos, se hubiese pronunciado la palabra que sirve de epígrafe á este artículo, hubiéranse mirado unos á otros los que la oyeran, demandándose su significacion. En el transcurso de un siglo, y quizás mucho ménos, se ha vulgarizado de tal modo, que apenas hay quien ignore la acepcion que en nuestro idioma tiene. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, altos y bajos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos conocen ese epíteto, y quizás es una de las primeras voces que el tierno infante aprende á murmurar. ¡ Tanto es lo que se repite, y tanto lo que abunda el ser á quien se le aplica!

¿ Deberemos inferir que el tipo sea moderno? No; así como Bossuet dijo: «Estudid el hombre y estudiareis los vicios;» también podemos decir: «Buscad la mujer, y hallareis la coqueta.» En efecto, parece averiguado que nuestra madre Eva consintió en comer del fruto prohibido, porque Luzbel le aseguró que así agradaría mas á Adán. Véase como de todos los males de la humanidad tiene la culpa la coquetería de las mujeres.

Dedúcese de aquí que el tipo es antidiluviano, aunque el nombre sea moderno é importado de la Francia, de ese país de donde nos vienen tantas cosas buenas y malas, como la libertad de imprenta, las modas, las costumbres parlamentarias, los dramas, las coaliciones, los sastres y las telas. Mas todo cargo exige pruebas, y yo voy á aducir algunas no solo para demostrar la fecha del vicio, sino también sus funestos resultados.

Elena, la causa eficiente de la guerra de Troya, fué una coqueta, y algo mas, que se dejó robar por París: Dido, la reina de Cartago, con remilgo y monadas, hizo que Enéas olvidase sus deberes y faltase á sus juramentos; Calipo se consoló de la partida de Ulises con la llegada de Telemaco; Cleopatra solo se aplicó el áspid, cuando no tuvo quien la requiriese de amores; Isabel de Inglaterra dió muerte á María Stuard, porque le disputaba sus amantes; y la infeliz reina de Escocia pagó en el cadalso sus veleidades y coqueterías.

Aun pudiera alargar mucho este catálogo, si no fuera inútil, porque basta á mi propósito lo dicho, y porque en este punto, gracias á Dios, todos los hombres estamos acordados. Pero cúmpleme asentar que por el progreso de los siglos, y por el adelantamiento de las ideas, las Circes y sirenas de los remotos tiempos se llaman en nuestra época Emilias, Serafinas y hasta Gerónimas.

Falta ahora no mas que averiguar la generalidad de este achaque femenino, y si está vinculado en una ó determinadas clases de la sociedad, ó si es común á todas. Pretenden algunos que la franqueza es la virtud de los dioses; otros aseguran que es máscara de la impudencia, no faltando quien afirme que mohina y avergonzada la tal señora, ha huido en nuestros días á los desiertos del Africa. Por tanto, yo no me atrevo á resolver la delicada tesis que he sentado arriba, y me escaparé por la tangente diciendo tan solo que si fuese académico ó siquiera autor del *Panlexico*, al llegar á la palabra *Coqueta*, saldría del paso añadiendo: Véase *Mujer*, y vice-versa.

Ya concibo la noble indignacion que al llegar aquí sentirá la hermosa mitad del género humano. Mas por Dios que se tranquilice y sosiegue, pues tienen excepciones todas las reglas, y sin duda habrá muchas en la presente. No importa que en el mismo momento que le doy tan cumplida satisfaccion dirija alguna lectora sus miradas á la calle, donde las aguarda anheloso el capitán de artillería, mientras en el canapé de enfrente escribe su primito en un precioso album tiernísimas endechas, cantando la constancia y el amor.

Sentado, pues, que la coqueta es la mujer, no nos admirará encontrarla en todas las clases de la sociedad. Lo son, pues, las damas elegantes y melancólicas; las matronas añejas y graves; las jóvenes alegres y pizpiretas; las solteras de 32, que pasan por austeras y devotas; la hija del comerciante y del tendero que venden terciopelo y garbanzos; la doncella de labor que se pasea el domingo en el Prado; la criada para todo que baila los días de fiesta en la Virgen del Puerto, y hasta la desenvuelta y descocada manola que contesta con un sopapo al que se atreve á mayores. Consiste en que la coquetería no es como la tisis ó el asma, que se adquieren, sino como las enfermedades heredadas, que se nace con ellas.

Existe una diferencia, sin embargo, que en prueba de lealtad quiero notar aquí: en esta clasificación general hay tres secciones de todo punto diversas; las coquetas por instinto, las que lo son por estudio, y las que no lo son (vulgo feas). La cuestión se reduce pues á tres extremos: naturalidad, arte é impotencia. En el vasto círculo que abraza y comprende hay mujeres que aspiran santamente al matrimonio, y que para alcanzar ese fin ponen en planta todos los medios: algunas (pocas, muy pocas) que renuncian á la coquetería el mismo día que al celibato; otras por último, para quienes *el estado perfecto*, como le llaman los teólogos, no es sino un resorte mas con que ejercer, y en mas vasta escala, sus artes.

Resulta que este vicio es la esencia del corazón femenino; que es un gérmen que en todas las mujeres

se halla, y en unas se revela espontáneamente, y en otras se desarrolla á favor de constantes esfuerzos.— Sentadas estas bases, fuerza es entrar ya en materia: expuesta la teoría, justo es hacer las aplicaciones necesarias.

La coquetería es un instinto: desde muy temprana edad aparece ya y se formula; ved á la niña que juega con sus muñecas á los amantes; que sin saber por que, busca y prefiere la sociedad de los hombres; que se goza en adornar su frente con flores del jardín por donde alegre trisca; que se mira en la límpida corriente de los rios; que se envanece y ufana al oirse llamar hermosa; que siente el agudo dardo de la envidia si á otra en su presencia se le otorgan elogios, y que ya ambiciona y codicia galas y atavios brillantes. Volved tambien los ojos á la sencilla é inesperta



GIMENEZ

CARNICERO G.

La Coqueta.

aldeana, que escucha amores de los mozos de su pueblo; que se cantonea orgullosa al oír sus piropos; que acepta las músicas que le dan por la noche tres manebos distintos, y que á todos responde, y con todos baila. ¿Quién puede haber revelado en esas almas infantiles y cándidas las aficiones de otra edad y los refinamientos de la civilización? La naturaleza, la naturaleza solamente.

Pero esta propension íntima de la mujer, ese gér-

men que nace con ella, muere en unas sin desarrollarse, y en otras se engrandece y cultiva, elevándose á la esfera de arte ó de ciencia, que de ambas cosas tiene mucho, aunque hasta ahora no se haya determinado de cual de las dos tiene mas.

La dama elegante y de alto rango es la coqueta por excelencia, porque posee mas medios de que disponer para servir á sus inclinaciones, y porque su vida entera se consagra á perfeccionar el sistema que sigue.

Así se la vé por días lánguida, vaporosa, sentimental, alegre, viva ó revoltosa; así combina el traje y los colores con la importancia del papel que va á representar, adoptando el negro cuando quiere dar á su semblante una expresion grave y triste; el rosa para aparecer fresca y lozana; el blanco cuando desea que se la juzgue candorosa é inocente, y en fin el azul cuando se finge celosa.

Y digo *se finge*, porque la coqueta no siente nada de lo que expresa; porque todas las variaciones de su carácter son producidas por la índole del carácter mismo; porque acostumbrada á jugar con los sentimientos del corazón, á remedarlos sucesivamente, se hace escéptica y positiva, y en nada cree, y en todo busca un goce material ó el logro de una esperanza cualquiera.

Hay coquetas que se sublevan á este título; que lo rechazan con indignacion, pretendiendo que solo lo merecen las que mantienen relaciones con mas de un hombre á la vez. En muchas puede ser virtud que no hagan esto; en otras es necesidad. Quiere decir que las que tal consiguen, que las que logran enganar verbi-gracia á cinco á un tiempo, merecen citarse como modelos, y llevar la borla de doctoras en la facultad. Son mas hábiles sin duda, son mas diestras innegablemente las que maña se dan para tanto; pero no son ni mas ni menos coquetas que las demas, ni hay por qué ofenderse de que con ese honroso epíteto se las clasifique y decore.

La coqueta de buen tono, que es el tipo legítimo y verdadero, y el que me propongo describir, no tiene mas ocupacion, ni mas deberes que los de su coqueteria: no hay distincion entre solteras y casadas, entre niñas ó adultas: iguales son sus medios, iguales sus resortes, é idénticos por fin su sistema y su arte.

Emilia, Julia ó Isabel, que de cualquiera de estos modos se llama, se levanta tarde, muy tarde, cuando el sol está en la mitad de su carrera. En la estrecha y suntuosa alcoba todo revela ya quien es la que allí descansa; respírase una atmósfera embalsamada; arden ricos perfumes en dorados pebeteros; cubren el tálamo de la esposa ó el sencillo lecho de la doncella, ya el terciopelo y el raso, ya la muselina y el gró, de agudas saetas suspendidos, ó por lindas coronas rematados; difunde una lámpara de china un resplandor tibio y voluptuoso, y cobijada entre batistas y en cage, se contempla á la deidad de aquel templo, no sueltas las trenzas de su alisado cabello, sino recogidas en una elegante gorra de tul y blonda. Hasta en el sueño es estudiada la posicion de la hermosa: no está tendida prosáicamente sobre la pluma y la seda; no están descubiertos su albo seno, ni sus torneados hombros; solo se vé una blanquísima mano donde apoya la pura mejilla, ligeramente sonrosada; y así duerme casta y pudorosamente, con la sonrisa en los labios que nunca la abandona sino cuando es menester que la abandone, y soñando quizás nuevos triunfos y nuevas glorias.

Toda esta poesia de que se rodea, y de que no prescinde ni con su marido, todo ese arte maravilloso que emplea hasta en los menores detalles, y hasta en las situaciones mas solemnes de su vida, es lo que constituye su fuerza y lo que hace irresistibles sus encantos. El mismo esposo no penetra en el santuario cuando se le otorga tal merced, sino con emocion y con interés; porque nada destruye tanto las ilusiones, nada mata ten presto el cariño como cerciorarse de que el ángel que se ama es una mujer como todas; que bajo una capa de oro y seda está encubierto un pútrido cadáver; que el ídolo ante quien nos prosternamos es un autómatas de barro común y grosero.

Por eso la verdadera coqueta ni un momento sale del círculo en que gira, y por hábito y por conveniencia es inexorable en este particular: aun cuando esté enferma, aunque solo vea al médico y á la

doncella, no faltará por eso á ninguna de las reglas que se ha impuesto; y recibirá al facultativo sonriendo en medio de sus dolores, y preferirá morir á que corten impiamente su cabello, ó á que maltraten sus brazos ó su espalda con cantáridas y sanguijuelas. ¿Por que no hemos de llamar heroínas á las que así se sacrifican á sus voluntarios deberes, á las que en su afán de conquistar al hombre, prefieren la muerte á dejar de agradarle?

El tocador de la coqueta es la parte mas importante de su vida: así se la ve largas horas casando los colores y los adornos del modo que mejor le parece, estudiando la expresion que cuadra mejor á su semblante aquel día, y que no variará despues de resuelta, ni un instante. Verdad es que en este punto, como en varios otros, no tiene opinion propia, y admite las telas, los lazos ó las flores que la proporcionaron mas encienso y mas conquistas. Si uno de sus amantes elogia su palidez, la coqueta usa exclusivamente el blanquete; si otro menos romántico se pronuncia por unos buenos colores, hace provision de carmin y de papelillos de rosa. Si el adorador es melancólico y sentimental, no hay batistas bastantes para enjugar las lágrimas de su amada; si es un desenfadado militar, mi tipo adopta el tono y las maneras desenvueltas de su víctima: si le gusta á uno la soledad, ella pinta con poéticos colores los placeres del retiro, habla de deliciosas *oásis*, de queras edificadas en el pico mas escabroso de una montaña suiza; ensalza la vida pastoril, y envidia á los pacíficos habitantes de la antigua Arcadia: si otro pondera los deleites de la vida social, tambien ella es de esta opinion. Y en tal variedad de gustos, y en tal contraste de aficiones, y en semejante laberinto de pareceres, pasa su vida contenta, satisfecho su amor propio, colmada su ambicion; sin pasiones violentas y sin dulces afectos, verdad es, pero sin dolores ni pesares tampoco.

Esta disposicion para plegarse á todo dócilmente, esta flexibilidad de carácter es mas admirable, cuando á un mismo tiempo tiene que variar de un extremo á otro. Supongamos, pues, que Adela tiene cuatro amantes; el uno es un mozalvete inesperto, uno de esos niños que acaban de salir del cascaron, como vulgarmente se dice, y que por tanto trae un corazón virgen, y una porcion de ilusiones idem; que el segundo es un capitán de caballeria, andaluz por mas señas, y de los que declaran á una mujer en estado de sitio, y la requiebran y obsequian marcialmente; que el tercero es un abogado rechoncho como su entendimiento, de peluquita rubia, de rostro cándido; en suma, uno de tantos como conocemos por el nombre de *predestinados*; que el último es por fin un *Otelo* pasado de moda, un catalán selvático y feroz; que se encela por un quitame allá esas pajas, que frunce el gesto por la menor cosa, y que jura vengarse á sangre y fuego si se le ultraja ó se le vende. En este contraste de caractéres, en este dédalo oscurísimo y enmarañado, la coqueta no se aturde ni desmaya: al inocente pipiolo le engaña de cualquier modo; al capitán le deslumbra con sus dengues y gachonadas; al moletudo jurisperito llamándole su esposo; al terrible catalán desempeñando el papel de víctima, derramando á lo mejor un torrente de lágrimas, ó haciendo uso, en caso de necesidad, de los ataques de nervios. Así viven los cuatro en una paz octaviana, todos arrullados por blandas esperanzas, adormidos en dulces ensueños, mecidos en gratas ilusiones. La farsa dura hasta que uno de ellos avanza mas que los otros, y pide al papá ó al tío la mano de la inocente doncella, á la que se le da un ardite del dolor del jovenzuelo, y de sus amenazas de suicidio; de los sarcasmos del capitán, de las burlitas del abogado (que es las mas veces el preferido) ó de la teatral desesperacion del *Otelo*. A veces suele calmarlos con seductoras promesas para el porvenir.